
BIANCA
Catherine George

Dulce engaño

Fen Dysart acababa de quedarse sin trabajo, sin familia y sin identidad. Pero la apasionada relación que la unió inmediatamente a Joe Tregenna estuvo a punto de hacerla olvidar todos sus problemas. Su mundo volvió a venirse abajo cuando Joe descubrió la verdad sobre su pasado… y ella se enteró de que tampoco él había sido completamente sincero…

Se suponía que aquello sería el final, pero Joe no podía quitársela de la cabeza…

Capítulo 1

Alguien la iba siguiendo. El callejón estaba desierto y la farola del fondo seguía fundida, lo que significaba que el último tramo antes de conseguir llegar hasta su puerta lo tendría que recorrer en la más absoluta oscuridad. Con la determinación de no mirar atrás, aceleró el paso. Aquella noche sin estrellas era calurosa y húmeda, pero por primera vez en su vida sintió un escalofrío de miedo. Intentó no pensar en ello, una vez que llegase hasta su casa, quien quiera que la estuviese siguiendo pasaría de largo. Entonces, se dio cuenta de que estaba equivocada: dos figuras muy delgadas con los rastros tapados con máscaras de dibujos animados se pusieron a ambos lados empujándola hasta una esquina.

-¡Danos el dinero y no te pasará nada! -exclamó uno de ellos agarrándola del brazo con fuerza.

-¡Ni hablar! -siseó ella y, entre el miedo, la rabia y la incredulidad, le dio un codazo en las costillas a su asaltante y se preparó para defenderse.

Después de conducir dos horas por la autopista, distintas señales iban dirigiendo a Joe Tregenna por toda la ciudad. Las luces de su coche iluminaron una pelea entre unos jóvenes. No estaba de humor para involucrarse en ello, pero, de pronto, se dio cuenta que se trataba de una chica acosada por dos hombres enmascarados. Se detuvo inmediatamente y salió del coche justo en el momento en que uno de los dos chicos salía corriendo desapareciendo en la oscuridad.

-¿Se encuentra bien? -preguntó Joe a la chica con urgencia-. ¿Está herida?

Ella dijo que no con la cabeza, poniéndose el pelo detrás de las orejas.

-No jadeó ella-, pero no diría lo mismo de él -añadió mirando al chico que estaba tumbado en el suelo-. Será mejor que llame a la policía.

Al escuchar aquella palabra, el chico se puso de pie de un salto, pero Joe lo agarró por el cuello de la camiseta.

-De eso nada, muchacho.

-No le estábamos haciendo daño -dijo el chico-, solamente le estábamos pidiendo cambio.

-¿Con la cara tapada con máscaras? -preguntó Joe con sarcasmo-. No lo creo -se giró hacia la chica-. Está tiritando. ¿Está segura de que se encuentra bien?

Ella asintió bruscamente.
-Más bien estoy enfadada.
Joe sacó con una mano su teléfono móvil y se lo ofreció.
-Llame a la policía con esto.
-¡No! -gritó el chico rompiendo a llorar-. Por favor, no me entregue, señorita -añadió temblando como una hoja-. Conseguimos las máscaras cuando compramos unos caramelos. Luego, la vimos salir del pub y unos amigos nos retaron a hacerlo -dijo medio llorando-. Mi madre me matará.
Ello lo miró detenidamente durante un rato con los brazos cruzados.
-Déjelo marchar -exclamó finalmente. Joe se la quedó mirando incrédulo.
-No puede permitir que se marche, después de lo que ha hecho.
Ella se movió alrededor del chico.
-Escúchame bien -dijo ella militarmente-, te propongo un trato. No llamaré a la policía si me prometes que nunca más volverás a hacer algo parecido.
El chico asintió enérgicamente.
-Nunca más, se lo prometo, y tampoco Dean.
-¿Es Dean tu amigo?
Negó con la cabeza.
-Es mi hermano pequeño. Él no quería hacerlo, estaba muerto de miedo.
-¿Cómo te llamas?
-Robbie.
-Muy bien, Robbie -dijo ella bruscamente-. No quiero que vuelvas a hacer apuestas estúpidas como esta -añadió, agachándose para recoger la máscara que se había caído al suelo-. Me quedaré con esto, contiene tu ADN. ¿Está tu madre en casa?
El chico volvió a decir que no.
-Es una enfermera en el hospital, esta semana tiene guardia por las noches.
-¿Te deja solo por la noche? -preguntó Joe frunciendo el ceño.
-No, nunca -contestó él chico con los ojos llenos de lágrimas-. Nuestro padrastro está en casa, en la cama. Saltamos por la ventana cuando se quedó dormido.
-¿Hacéis esto habitualmente?
El muchacho tragó saliva.
De verdad que no, es la primera vez.
-Y más vale que sea la última, como bien te ha dicho ella -le ordenó Joe-. Ahora, te acompañaremos hasta tu casa y te

entregaremos a tu padrastro.

El chico se puso histérico.

-No, por favor. Mi padrastro es un buen tipo, pero se lo contará a mi madre.

Cuando el chico les rogó que lo dejaran entrar en su casa por la ventana en vez de hacerlo por la puerta, para que su padrastro no se enterara, Joe alzó una ceja mirando a la chica.

-¿Le parece bien? Luego, la acompañaré hasta su casa de nuevo.

La chica asintió.

-Me parece bien; venga, Robbie, vámonos. Cuando llegaron a la casa del muchacho, Robbie suspiró aliviado al ver a su hermano asomado por la ventana del piso de arriba.

-¡Dean ya está de vuelta! Vino corriendo como yo le dije.

-Bueno, recuerda lo que te hemos dicho -le dijo Joe-. Sabemos dónde vives.

Robbie asintió con la cabeza fuertemente antes de salir corriendo y empezar a escalar hacia la ventana de su cuarto.

Joe esperó hasta cerciorarse de que el chico entraba en su casa sano y salvo, luego, se encogió de hombros mirando a la chica y se dispusieron a regresar.

-Mi nombre es Joe Tregenna.

Ella sonrió ligeramente.

-Yo soy Fen Dysart. Gracias por su ayuda.

-Cuando me di cuenta de que había una pelea estuve a punto de continuar conduciendo o, como mucho, llamar a la policía desde el coche -empezó a decir él con franqueza-, pero cuando vi a dos chicos y a una sola chica pensé que sería mejor echar un vistazo yo mismo. Aunque no necesitaba mi ayuda, usted sola se los quitó de encima antes de que yo bajara del coche.

-No ha sido muy difícil, eran un par de chiquillos. Además, yo era mucho más alta que ellos.

-Por suerte solamente se trataba de un par de niños, menos mal que no eran verdaderos criminales.

-¿Cuántos años cree que tendrá Robbie?

-Es difícil calcularlo, pero es lo suficientemente mayor como para saber que estaba haciendo algo malo. ¿Dónde vive? ¿Puedo llevarla en mi coche?

-No hace falta. Vivo al final de la calle, en Farthing Street. Una vez que lleguemos hasta su coche será suficiente -añadió-, no es necesario que continúe.

Pero Joe insistió en acompañarla hasta la misma puerta de su casa.

-¿Habrá alguien esperándola?

-No.

-En ese caso, no me quedaré tranquilo hasta que no vea cerrar la puerta a su espalda.

Fen iba a negarse, pero cambió de idea. Todavía estaba un poco asustada después del incidente. Empezaron a andar por el callejón hasta llegar a la puerta de su casa. Introdujo la llave y la abrió. Paso al interior de una cocina, encendió las luces y se dio la vuelta en dirección a su acompañante, el cual se la quedó mirando con la misma curiosidad con la que lo miraba ella. Entonces, él también entró y cerró la puerta tras él.

Joe Tregenna era unos centímetros más alto que ella. Era delgado y con los hombros cuadrados. Tenía el pelo castaño y lo suficientemente largo como para que las puntas se le rizasen. Sus ojos eran de un azul tan oscuro que parecían negros a primera vista. Llevaba puesta una camisa blanca, una corbata aflojada y unos pantalones de traje de lino.

-Necesito un café -dijo ella bruscamente sin dejar de mirarlo-. ¿Le apetece uno?

-Por favor -contestó él sonriendo-. No me vendrá mal algo de cafeína después de lo sucedido.

-Siéntese, no tardaré mucho -dejó su bolso en el suelo y se quitó la chaqueta. Llenó de agua la cafetera y la enchufó. Sacó un par de tazas de un armario y la leche de la nevera. Podía notar que un par de ojos seguían todos sus movimientos, pero no le importaba en absoluto.

Terminó de preparar el café, sirvió las tazas y las colocó encima de la mesa. Se sentó justo enfrente de su invitado, que sonrió divertido.

-¿De qué se ríe? -preguntó ella.

-«Sabemos dónde vives». No me puedo creer que yo haya dicho eso. Bueno, usted tampoco ha estado nada mal cuando le ha dicho que se quedaba con su careta porque contenía su ADN.

-La idea era asustarlo todo lo posible -dijo ella encogiéndose de hombros.

-¿Siempre vuelve tan tarde a casa andado sola?

-No, mi coche está en el taller. Cuando terminé de trabajar pensé en llamar a un taxi, pero todos mis clientes habían tenido la misma idea y ya no había ninguno disponible.

-¿Sus clientes?

-Trabajo detrás de la barra del Mitre.

Él sacudió la cabeza.

-Soy nuevo en la ciudad, no lo conozco.

-Es un bar bastante grande que hay un poco más allá, en el cruce. Cerca de la casa de Robbie.

-¿Cuánto tiempo lleva trabajando allí?

Ella sonrió con tristeza.

-Lo suficiente como para saber que debería volver a casa en coche o en taxi. Gracias otra vez, señor Tregenna.

-Por favor, llámame Joe -dijo él arqueando las cejas.

-Está bien. Gracias, Joe, por todo -apuntó sonriendo y extendiendo una mano.

Él le tomó la mano durante un segundo.

-Me alegro de haber podido ayudarte.

Se hizo un silencio durante unos segundos y, de pronto, su teléfono móvil empezó a sonar.

-Disculpa -añadió él.

Fen se puso de pie y se dispuso a recoger las tazas de café, intentando no escuchar lo que obviamente era una discusión doméstica.

Por última vez, Melissa -escuchó decir a Joe -. Me he entretenido, ni siquiera estoy en casa. Te llamaré mañana. Buenas noches -él miró a Fen-. Lo siento mucho -dijo bruscamente mientras apagaba el teléfono-. Se me olvidó llamar a la mujer con la que he cenado.

-Dile que ha sido mi culpa.

Joe sacudió la cabeza, sus ojos volvían a brillar divertidos.

-Por alguna razón, señorita Fen Dysart, me parece que decir eso sería mucho peor.

-Si eso ha sido un cumplido, gracias -dijo ella, y dudó por unos instantes antes de preguntarle qué es lo que hacía en Pennington.

-Vendo seguros.

-¿De verdad? -exclamó ella.

-¿Vives aquí sola?

-Sí.

-Entonces, asegúrate de que cierras bien la puerta detrás de mí. Buenas noches.

Una vez que él se hubo ido. Fen se puso su pijama y se metió en la cama. Le costó mucho dormirse y, cuando por fin lo consiguió, se despertó por culpa de una pesadilla en la que el joven Robbie era el protagonista.

-Tienes mala cara -le dijo a Fen el dueño del Mitre a la mañana siguiente.

A la hora de comer, Fen se fue a recoger su coche al taller, volvió al bar y se encontró a todos sus compañeros sentados en la barra. Al entrar, Tim Mathias la señaló con el dedo y todos estallaron en carcajadas.

-¿Qué pasa? -preguntó ella.

-Fen es nuestra única salvación -dijo Jilly sonriendo-. Ella lo podrá hacer.

-¿Hacer qué? -preguntó Fen con curiosidad.

-Sabes que esta noche hay música en directo, ¿verdad?

Ella asintió.

-Pero Martin está enfermo y yo no puedo sustituirlo -añadió Jilly.

-Lo de Martin no es importante, el problema es Diane, nuestra cantante sexy -apuntó Tim-. Parece ser que se ha quedado afónica y ha perdido la voz. Cuando vengan sus fans y vean que no actuará, se irán sin consumir ni una copa. ¿Cómo diablos una mujer puede perder la voz en mitad de una ola de calor como la que estamos teniendo?

-Supongo que no lo habrá hecho a propósito -lo interrumpió Fen-. Espera un momento, ¿por qué me estáis mirando?

-Te he oído cantar cuando crees que nadie te está oyendo, no lo haces nada mal -dijo Tim sonriendo-. Por favor, Fen. Será solamente esta noche. Un par de canciones y nada más.

Ella dijo que no con la cabeza y todos los demás se echaron a reír.

-Ni hablar. No soy lo suficientemente buena.

-Por supuesto que lo eres. No estamos hablando de cantar ópera -dijo Tim intentando convencerla-. Te pagaré el doble.

Fen alzó las cejas.

-¿Lo dices en serio? Tim se puso la mano sobre el corazón.

-¿Te he mentido alguna vez?

-Está bien, lo haré, pero solo por una noche -acordó ella. Entonces, se miró la ropa, una blusa blanca y una minifalda negra-. Por cierto, no tengo nada que ponerme, ¿no querrás que lo haga vestida con este uniforme?

-Estoy seguro de que podrás encontrar algo sexy que ponerte, usa la ropa de Diane.

-Prefiero ponerme algo mío.

-Está bien. Tómate un par de horas. No empezarás hasta las ocho y media.

Cuando Fen llegó a su apartamento, sacó de su armario un vestido negro muy corto de tirantes. Se hizo un bocadillo, se sirvió una taza de café y se dispuso a darse un baño, preparada para transformarse en una estrella de cabaret.

Se puso el doble de maquillaje que solía usar normalmente, se cepilló la melena negra y se la dejó suelta, cayendo sobre los hombros. Se miró al espejo y se encogió de hombros. No estaba mal, aunque no podía compararse con la voluptuosa Diane.

Cuando Fen volvió de nuevo al Mitra, Jilly silbó nada más verla.

-¡Dios! Fen, estás estupenda. No me había dado cuenta de que

tenías los ojos verdes.

-Pero lo importante es la voz -contestó Fen. -No te preocupes -le dijo Jilly dándole una palmadita en el hombro-. Nuestros queridos clientes estarán muy ocupados viendo esas increíbles piernas para fijase en la canción, cariño.

Tim Mathias demostró el mismo entusiasmo cuando la vio detrás del escenario.

-¡Estás fantástica! -dijo con júbilo-. Hoy hay mucha más gente de lo normal, muchísimas gracias otra vez.

-Todo saldrá bien -le aseguró Martin, que finalmente había ido a trabajar-. Yo salgo ya, te veo en unos minutos.

Fen suspiró profundamente cuando escuchó el piano de Martin sonar y el retumbar de los aplausos. Luego, se escuchó la voz de Martin disculpándose ante el público por la ausencia de Diane y les pidió un fuerte aplauso a todos para recibir a la artista que había venido a sustituirla.

-¡La encantadora Fenella!

Fen se llenó de pánico, se estaba refiriendo a ella. Volvió a suspirar profundamente, sonrió y salió al escenario.

Martin le guiñó un ojo cuando empezó a tocar la primera canción. Ella se acercó hasta su piano, se apoyó ligeramente sobre él y comenzó a cantar.

Al final de la tercera canción, los aplausos eran ardientes y entusiasmados. Martín anunció un descanso y se apagaron las luces del escenario. De vuelta a los camerinos, Fen se sentó en una silla con las piernas temblorosas.

-¡Has estado simplemente estupenda, Fen! -exclamó Tim-. Lo has hecho muy bien, ¿quieres un trago?

-Solamente agua, por favor... me he acalorado ahí fuera.

Martin sonrió.

-No has sido la única. Había un par de tipos que no te han quitado ojo, sobre todo uno. No ha dejado de mirarte.

-Estaba muy concentrada como para darme cuenta -dijo Fen, que se bebió el vaso de agua de un solo trago.

Cuando Fen volvió al escenario, por segunda vez, estaba menos nerviosa. Sonrió a la audiencia, que había aumentado considerablemente después del descanso, y se quedó mirando una cara familiar que había en la sala. Martin empezó a tocar y comenzó de nuevo la actuación.

La gente aplaudió con verdadero entusiasmo cuando finalizó el espectáculo. Les pidieron otra canción, pero Fen sacudió la cabeza, sonriendo y tirando besos con las manos mientras Martin la escoltaba

fuera del escenario.

Tim y Grace, su mujer, la volvieron a felicitar y, después de celebrar su exitosa actuación, recogió su dinero y se despidió de todos. Cuando salió por la puerta trasera del local se encontró con un hombre alto; su presencia no la sorprendió, sabía que estaría allí. Se lo quedó mirando con desafío y pudo ver que aquellos ojos oscuros estaban llenos de furia y desaprobación. Ella sintió una oleada de triunfo.

-¡Hola! -dijo ella casualmente-. No sabía que esta noche vendrías.

-Obviamente -contestó él entre dientes-. ¿A qué demonios te crees que estás jugando?

-No juego a nada. Trabajo para poder vivir -dijo Fen pasando por su lado.

El la tomó de la mano fuertemente.

-No tan rápido, preciosa...

-¿Estás bien, Fen? -preguntó de repente una voz familiar. Ella se dio la vuelta y se encontró de frente con Joe Tregenna, que le estaba sonriendo-. ¿Te están molestando?

-No, estoy bien, Joe -contestó ella liberando su mano-. Es un pariente mío.

Adam Dysart se controló a sí mismo con un esfuerzo evidente.

-Mira -le dijo a Joe Tregenna-, esto es un asunto familiar, ¿te importaría perdonarnos un momento? Necesito hablar con Fenny.

-Pero yo no quiero hablar contigo -contestó ella sonriendo amablemente a Joe y tomándole de la mano-. Gracias por venir a buscarme.

-Un placer -apuntó Joe mientras se daban la vuelta y se alejaban.

-Siento lo ocurrido, Joe -susurró ella mirando hacia atrás de reojo-. ¿Has venido solo?

-Sí -contestó él divertido.

-¡Qué alivio! -dijo ella sonriéndole-. Es un poco atrevido por mi parte, pero ¿te importaría darme una vuelta en tu coche? No quiero que Adam sepa dónde vivo.

-Por supuesto, aún mejor, ¿por qué no vienes a mi casa a tomar una copa hasta que no haya moros en la costa? -sugirió él mientras se dirigían a su coche-. A menos que...

-A menos, ¿qué?

-A menos que ese tipo sea tu marido, entonces no quiero entrometerme.

Ella se lo quedó mirando.

-Adam Dysart no es mi marido, él es... -hizo una pausa-, él es mi primo.

Capítulo 2

-¿Por qué estaba tan enfadado contigo? -preguntó Joe mientras encendía el motor de su coche.

Ella suspiró.

-No puedo decírtelo, lo siento. Sé que no está bien, después de haberme salvado el pellejo dos noches seguidas. Por ciento, ¿qué hacías en el Mitre? -preguntó cambiando de tema.

-Esperando que cierta camarera me sirviera una copa, pero para mi sorpresa, me la he encontrado actuando encima del escenario -dijo sonriendo-. Ayer no me contaste eso.

-Ayer no sabía que hoy iba a cantar-dijo sinceramente-. Estaba sustituyendo a la verdadera artista.

-Tú eres una verdadera artista.

-¿Me está piropeando, señor Tregenna?

-Sí

En vez de ofenderla, ella echó la cabeza hacia atrás y se rió.

-No sé cómo he sido capaz de atreverme a cantar, debo de estar loca.

-Esta noche ha nacido una estrella.

Ella negó con la cabeza.

-No voy a volver a hacerlo. Mis nervios no lo aguantarían; además, cuando Diane se entere de lo que ha pasado, estoy segura de que su voz se repondrá inmediatamente.

Joe la miró de reojo.

-Qué pena, me ha encantado el espectáculo. Fen pestañeó cuando Joe aparcó frente a uno de los bloques de apartamentos más exclusivos que había en Pennington.

-Ya hemos llegado.

Fen alzó la vista impresionada para observar aquella inmensa fachada color crema llena de balcones.

-Yo vivo arriba -añadió Joe.

Entraron en un apartamento muy grande. El fondo consistía en una cristalera con vistas al jardín privado que tenía el edificio. A ambos lados de la chimenea, había dos sofás marrones sobre una alfombra color marfil.

-¡Qué salón tan bonito! -exclamó Fen impresionada-. Nunca había estado en uno de estos bloques. Supongo que ayer te entraría claustrofobia en mi apartamento. En un principio quise compartir piso, pero luego cambié de idea y alquilé mi casa -añadió mirando a su alrededor-. Pero si vives aquí, ¿qué hacías en mi calle?

-Soy nuevo en Pennington, me confundí en el cruce -sus ojos se

encontraron-. Me alegro de que así sucediese, si no, no sé que te hubiese pasado.

-Nada, tenía la situación totalmente controlada cuando tú llegaste.

Joe no parecía muy convencido de aquello. -¿Qué te apetece beber? -le preguntó con los ojos chispeantes-. Las artistas como tú siempre piden champán rosado.

Fen soltó una carcajada.

-Nunca me describiría como una artista y prefiero el té al champán rosado.

-Entonces, ven conmigo.

Joe la guió hasta la cocina. Fen se sentó mientras su anfitrión se encargaba de hacer el té. La miró.

-¿Por qué tienes esa sonrisa irónica?

-Porque estoy pensando en la poca vergüenza que he mostrado cuando te he visto en la puerta del bar.

-Bueno, me has ofrecido un par de noches muy entretenidas, señorita Dysart.

-Pero no todo el mérito es mío. Te fuiste a cenar a Londres antes de encontrarte conmigo -le recordó Fen-. ¿Antes de mudarte, vivías allí?

Él asintió con la cabeza.

-Pero cuando mi empresa abrió una oficina aquí, en Pennington, yo me ofrecí voluntario a venir.

-¿Te apetecía un cambio de aires?

-Por eso también, pero estoy soltero y sin hijos, era lógico que lo hiciese.

-Por cierto, ¿te las arreglaste para hacer las paces con tu amiga?

-No -dijo Joe cerrando los ojos-. He tenido una fuerte discusión con Melissa, por eso fui al Mitre a tomarme una copa.

-¿Tan mala ha sido la pelea? -exclamó Fen compasiva.

-No quiero aburrirte con los detalles -dijo mirándola a los ojos un momento.

-Por favor, no lo haces -apuntó con sinceridad-. ¿Ha roto contigo?

-No, más bien ha sido al contrario. Melissa me ha estado convenciendo durante semanas para que conservara el apartamento que tengo en Londres. Hoy he sabido la razón. Ella había supuesto que podía mudarse a él -su expresión se endureció-. Le parecía que era absurdo estar pagando su alquiler cuando mi apartamento permanecía vacío durante la semana.

-¿Y tú no querías que ella viviera allí?

-No, porque solamente quería estar conmigo para poder vivir en ese apartamento. Esta noche le he dejado muy claro que lo iba a vender, luego la he montado en un taxi y yo me he ido al Mitre -

explicó acomodándose en una silla-. ¿Y tú? Aparte de tu primo el enfadado, ¿hay alguien más en tu vida?

-No, soy huérfana -dijo dando un sorbo a su taza de té-. Mi madre murió cuando yo nací.

Joe alargó el brazo para tomarla de la mano en señal de simpatía.

-¿Te criaste con tu padre?

-No, con familiares -separó la mano y se puso de pie-. Creo que ya es hora de que me vaya a casa, si te parece bien.

Él también se levantó.

-Claramente he tocado un tema difícil para ti. Ella sonrió.

-No, es que me ha afectado volver a ver a Adam. -En el futuro, intentaré tener más cuidado con los temas de conversación -le prometió-. ¿Cuándo podré volver a verte?

-Trabajo por las noches -le recordó Fen. -¿Eso significa que no volveré a verte? -preguntó arqueando una ceja.

-No, no. Estoy libre este domingo, si te viene bien.

-Este domingo, perfecto. ¿Qué quieres que hagamos?

Fen no quería meter la pata. -Tú eliges.

-Veremos qué tiempo hace y luego ya decidiremos. Te llamaré a las nueve el sábado -dijo él tomándole la mano y besándole la palma. Levantó la mirada y le sonrió.

-Me temo que debo volver al Mitre -le dijo ella mientras la llevaba de vuelta en el coche-. Mi coche está aparcado allí.

Cuando llegaron al aparcamiento del bar, Joe apagó el motor del coche y se giró para mirarla a los ojos.

-Ese primo tuyo sabe dónde trabajas, volverá.

-Sí -afirmó ella resignada-. Y por el humor en el que estaba esta noche, no creo que hubiera venido a reconciliarse. No pasa nada, puedo ocuparme de ello yo sola.

-Si tú lo dices, pero de todos modos te seguiré hasta tu casa en mi coche para verte llegar sana y salva -dijo Joe con el típico aire de protección que solían tener los hombres y que Fen normalmente no podía soportar.

Pero ella recapacitó. Joe había sido de gran ayuda y se dijo a sí misma que fuera amable con él. Joe la acompañó hasta su coche, esperó a que saliera del aparcamiento y comenzó a seguirla. Fen aparcó frente a su casa y esperó hasta que Joe estuviera a su lado.

-Está muy oscuro -dijo él mientras ella abría la puerta de su apartamento-. Te ayudaré a encender las luces del interior.

-Joe, soy perfectamente capaz de hacerlo yo sola.

Él retrocedió un paso y levantó los brazos en señal de rendición.

-Por supuesto que lo eres. Buenas noches, te llamaré el domingo

por la mañana.

-Gracias por todo.

-No hace falta que me las des, me lo he pasado muy bien.

Por un momento, Fen pensó que la iba a besar y sintió un pinchazo de desilusión cuando Joe sonrió y le dijo que cerrara la puerta con llave.

Al día siguiente, cuando Fen salía del Mitre de trabajar, se encontró a Joe en el aparcamiento apoyado sobre su coche. Fen pensó que lo echaría de menos cuando no fuera a esperarla, lo que era una tontería porque ella no necesitaba un guardaespaldas. Tim le había dicho que Adam había reservado una mesa en el Mitre para el martes y ella le había pedido cambiar el turno para no coincidir con él. A Tim no le había importado, además, le debía una después de haberle hecho el favor de sustituir a Diane.

-He estado pensando -le dijo él mientras ella se acercaba.

-¿Sobre qué, en particular?

-Mañana.

-¿Y?

-Si nos levantamos pronto, ¿qué te parecería ir a la playa?

-Pero estamos muy lejos de la costa.

-No si conduzco yo.

Fen se rió.

-No me gusta cómo suena eso.

-Siempre tengo mucho cuidado, no te pasará nada. Un par de horas y podremos tumbarnos bajo el sol.

-En ese caso, ¡estupendo!

-Si llueve, pensaremos en otra cosa.

Fen pensó en aquella sugerencia de camino a Farthing Street. Si la hubiera hecho cualquier otro hombre ella jamás hubiera accedido, pero Joe era distinto.

Cuando Fen llegó a su casa, esperó a que Joe aparcara su coche.

-¿Entras? -le preguntó ella al verlo.

-Solo para asegurarme que te quedas a salvo. No te vendría mal algo de luz.

-Cuando las farolas funcionan, se ve todo mucho mejor.

-Y, ¿por qué no funcionan ahora?

-Están rotas.

-Pues quéjate en el ayuntamiento y, mientras tanto, plantéate usar luces de seguridad.

-Este lugar es alquilado -le recordó ella mientras entraban en el apartamento-, y por lo que pago, dudo mucho que el casero se vaya a hacer cargo de ningún extra.

-¿No podrías buscar un sitio mejor? -sugirió Joe frunciendo el ceño y mirando a su alrededor. La cocina era pequeña y anticuada. Había un par de armarios destartalados, unos fogones eléctricos, una lavadora muy antigua y un microondas totalmente nuevo que, obviamente, se había comprado Fen.

Ella se encogió de hombros.

-Tenía prisa en encontrar algo y este lugar estaba disponible. Normalmente está alquilado a estudiantes: ¿A qué hora quieres que salgamos mañana? -preguntó ella cambiando de tema.

-Comprobaré el tiempo que va a hacer y te llamaré.

-Estupendo, ¿quieres un café?

-No, gracias. Ahora que sé que estás segura en casa me voy para dejar que descanses. Hasta mañana -dijo Joe sonriendo y saliendo por la puerta. Fen se quedó de pie mirando cómo cerraba la puerta detrás de él.

Una cosa tenía que admitir, Joe Tregenna no la estaba ayudando para conseguir algo a cambio, pero aquello no significaba que a ella no le hubiera gustado un besito de buenas noches. Suspiró. Quizá era que simplemente no la encontraba atractiva. Sonrió amargamente mientras se preparaba para meterse en la cama.

El teléfono sonó muy pronto por la mañana, despertando a Fen. Estiró un brazo y pestañeó varias veces antes de contestar.

-Te he levantado -dijo Joe divertido.

-Te lo puedo asegurar -contestó ella bostezando y girando la muñeca para ver la hora-. ¡Estás loco! ¡Pero si solo pasan unos minutos de las seis!

-Estaré allí en media hora. El parte del tiempo anuncia que el sol brillará, tenemos que aprovecharlo. ¡Hasta ahora!

Fen colgó el teléfono sacudiendo la cabeza incrédula. Obviamente, a Joe no se le había pasado por la cabeza que quizá ella tuviese que dormir un poco más para recuperarse del trabajo de toda la semana.

Después de darse un baño a toda prisa, se puso unos vaqueros y una camiseta encima de un bikini rojo. Se las arregló para prepararse un café mientras se recogía el pelo en una cola de caballo justo antes de que Joe llamara a la puerta.

-Buenos días -dijo sonriendo con un aspecto fresco y limpio, vestido con una camiseta blanca y unos pantalones caquis-. ¿Cómo estás?

-Aún no soy humana. No soy una mujer a la que le guste madrugar -dijo bostezando-. Probablemente ronque en el coche. ¿Adónde vamos?

-Es un secreto, ya lo averiguarás por el camino. ¿Llevas traje de

baño?

-Sí, señor -dijo ella saludando de forma militar-, además de protector solar, sombrero, gafas de sol y un chubasquero.

-¡Mujer de poca fe! El sol está brillando ahí fuera.

-De momento -dijo Fen-. ¡Espera! -dijo ella subiendo unas escaleritas que comunicaban con su dormitorio.

Fue a por un cojín para estar más cómoda en el coche. Cuando bajó se encontró a Joe en el salón.

-Esto es peor que la cocina -comentó él-. ¿Pasas mucho tiempo aquí?

-Nada, siempre estoy en mi cuarto. ¡Vámonos!

El interior del coche de Joe era muy agradable, con lo cual Fen se recostó en el asiento y se relajó disfrutando del viaje.

-Lo siento -dijo ella bostezando-, no voy a ser muy buena compañía.

-No te preocupes, échate una siesta, ¿te importa que ponga algo de música?

-No, por supuesto.

Mientras que el Jaguar iba devorando los kilómetros en dirección a Ravel, Fen se quedó profundamente dormida.

-¿Ya hemos llegado? -murmuró al cabo de un rato sin dejar de bostezar. Joe había aminorado la marcha.

-Todavía no, pero necesito un café -le informó Joe.

Fen se incorporó, se arregló un poco el pelo y le sonrió.

-Soy un desastre como compañera de viaje -dijo disculpándose-. Te prometo que te recompensaré a lo largo del día.

-No me extraña que estés cansada, después de toda la semana trabajando en el Mitre. Además, prefiero el silencio antes que charlar incesantemente.

-Pues espera al viaje de vuelta -comentó ella riendo.

-Haz eso otra vez.

-¿El qué?

-Reírte de esa manera, pero antes -dijo rápidamente cuando ella lo miró-, dime lo que quieres que iré a pedírtelo.

-No hace falta, ya me lo pido yo.

Tuvieron una discusión cuando Joe quiso pagar el desayuno. Al final Fen tuvo que ceder.

-Te he pedido que salgas conmigo, con lo cual yo me ocupo de las facturas -dijo él sencillamente mientras se sentaban en una mesa cerca de la ventana.

-Mira, Joe, soy perfectamente capaz de pagar mis consumiciones.

Él le dio un sorbo al café mirándola por encima de la taza.

-Está bien, puedes pagar la comida si quieres. ¡Estupendo!, pensó ella. Seguro que elegiría una comida de tres platos en el restaurante más caro de la zona.

-No quiero ser difícil -explicó ella-, simplemente me gusta ser independiente.

La sonrisa de Joe la dejó desarmada.

-No me ofendo, pero si vas a pagar la comida, deja que te invite a otro café.

-¿Adónde vamos? -preguntó ella cuando volvían al coche.

-Si permaneces despierta te lo diré cuando estemos a punto de llegar -le prometió Joe. -Dímelo ahora -le dijo mirándolo de reojo mientras se abrochaba el cinturón de seguridad-, o no pagaré la comida.

Él se echó a reír.

-Nunca he tenido la intención de dejar que lo hicieras.

Ella rechinó los dientes con frustración.

-¿Alguna vez alguien te ha dicho que eres un hombre imposible, Joe Tregenna?

-Frecuentemente, pero siempre, al final, todas se rinden ante mis encantos -dijo bromeando mientras se incorporaba de nuevo a la autopista.

Capítulo 3

Fen se figuró el destino cuando cruzaron el condado de Dorset. Se dirigían a Lulworth Cove.

-Es perfecto -exclamó ella encantada cuando llegaron hasta la playa de piedras blancas. El sol brillaba y había barquitos navegando sobre el mar azul, era un espectáculo idílico.

Joe desplegó unas sillas que había sacado del maletero de su coche. Ofreció una a Fen y se sentó, suspirando de deleite, en la otra.

-¿Has estado aquí antes? -le preguntó mirando al horizonte.

-Solo una vez, cuando era muy pequeña, pero no me acuerdo de nada.

-¿Iba tu primo Adam en aquella excursión?

-Probablemente -contestó ella indiferente mientras sacaba la crema de sol de su bolsa. Se la extendió por la cara y se puso las gafas de sol. Se recostó en la silla y se puso el sombrero. Estuvieron en silencio durante un buen rato; finalmente ella habló:

-No es mi intención enfadarme, pero no quiero hablar sobre Adam.

Entonces, no lo haremos -replicó rápidamente. Se incorporó y abrió una bolsa térmica que había traído con él-. ¿Te apetece algo frío de beber? También hay algo de fruta y chocolate.

Fen también se incorporó.

-¡Qué organizado! -comentó impresionada.

-Estoy acostumbrado, me crié en Cornwall. Los días en la playa formaban parte de la rutina.

-¿Todavía vive allí tu gente? -dijo ella sonriendo amablemente-. Es gracioso, te pregunto estas cosas cuando yo no quiero hablar sobre mi familia.

-A mí no me importa hablar sobre la mía -dijo volviéndose a recostar en la silla-. Tengo dos hermanos mayores. Viven en Londres. Mis padres están jubilados y todavía están en Cornwall, en el mismo pueblo y en la misma casa de toda la vida. Hasta que no me fui de casa, no me di cuenta de lo idílica que había sido mi infancia. No nos faltaba de nada, aunque tampoco teníamos mucho dinero.

-Suena estupendo.

-¿Quieres chocolate?

-No, gracias. No quiero que se me quite el hambre para la hora de la comida. ¿Dónde almorzaremos?

-Allí mismo. He visto un sitio donde puedes comprar bocadillos para llevar.

-¡Perfecto!

Según iba pasando el tiempo cada vez hacía más calor. Llegó un

momento en el que Joe no pudo más, se levantó y se quitó los pantalones quedándose en bermudas.

-Será mejor que te pongas un poco de esto -le dijo Fen ofreciéndole el bote de crema.

El lo tomó y se echó crema por el pecho y las piernas.

-¿Te importaría echarme un poco por la espalda?

Fen asintió y le esparció la crema por aquellos impresionantes hombros.

-Ya está.

-¿Y tú? -le preguntó Joe.

-Yo solamente me quitaré la chaqueta.

Fen, que nunca había tenido vergüenza, fue incapaz de quedarse en bikini delante de él.

-Fen -dijo de pronto Joe después de un rato y sin dejar de mirar el mar-. Creo que no ha sido muy delicado por mi parte aburrirte con la historia de mi infancia.

-No, ni un poco -dijo ella feliz-. Me encanta oírlo, de hecho, cuéntame más.

-Quizá lo haya pintado más rosa de lo que realmente era. Mis padres eran profesores en la escuela local. Mi madre trabajaba duro, fuera y dentro de casa. No teníamos suficiente dinero para pagar a alguien que nos ayudara. Mis hermanos y yo pasamos mucho tiempo solos.

Siguieron charlando sobre la infancia de Joe hasta que este se levantó y se puso la camiseta.

-Tengo hambre, voy a ir a comprar algo de comer. Tú sigue descansando que te lo mereces, Fen. ¿Quieres algo en especial?

-No, lo mismo que compres para ti.

Ella se lo quedó mirando mientras desaparecía y luego giró la cabeza en dirección al mar. Pensó en lo bien que se lo estaba pasando con él. Aquella Melissa estaba loca por enfadarse con Joe. Además, era una estupidez asumir que podría vivir en su apartamento de Londres gratuitamente. Joe no eran ningún idiota.

Aprovechando su ausencia, Fen se quitó los pantalones y la camiseta y los dejó colgados en el respaldo de la silla. Después se echó crema por el cuerpo.

Todavía pasó algo de tiempo hasta que Joe volvió a aparecer con la comida. La miró de arriba abajo antes de sentarse de nuevo y empezar a desenvolver los bocadillos.

-Madame -dijo él triunfante-. La comida está lista. Siento haber tardado tanto, pero los bocadillos son recién hechos y he tenido que esperar.

-Estoy segura de que ha merecido la pena la espera -le aseguró Fen-. Pero, primero ¿te importaría echarme un poco de crema en la espalda?

Joe le extendió la crema de forma eficiente e impersonal.

-Está bien, ahora ya podemos comer -dijo él al terminar.

Los bocadillos estaban rellenos con generosidad.

-¡Está delicioso! -exclamó ella.

Luego, comieron fruta y chocolate como postre y se volvieron a quedar en silencio durante un rato. De pronto, Fen se levantó y se fue a dar un paseo. Cuando volvió llevaba un par de cafés en las manos.

-¡Eres un ángel! Justo lo que necesitaba.

-Pensé que te apetecería -dijo Fen sentándose-. Creo que me voy a tomar esto y luego me voy a remojar un poco los pies.

-A mí me apetece darme un baño, ¿y a ti?

Ella negó con la cabeza mientras bebía el café.

-Solamente los pies, el resto prefiero que permanezca seco.

Joe le quitó la taza vacía de la mano y luego le tomó la mano para ponerla de pie.

-¡Venga, anímate!

Mientras andaban sobre las piedras hasta la orilla, Fen se tropezó perdiendo el equilibrio, pero Joe la sujetó, abrazándola por un instante, y luego no le soltó la mano hasta que no llegaron al agua.

El agua estaba más fría de lo que pensaban y Fen contenía la respiración cada vez que tenía que sortear una ola con las piernas.

-Definitivamente hoy no me voy a bañar -murmuró ella para sí-. ¿Estás seguro de esto? -añadió alzando la voz.

En la lejanía, Joe, asintió con la cabeza. Había avanzado mucho y ya estaba nadando.

-¡No sabes lo que te pierdes! -gritó él.

-Sí, sí que lo sé -le contestó ella gritando igualmente.

Después de observarlo durante unos minutos cómo nadaba, Fen se dio la vuelta y regresó a las sillas. Él salió del mar, estaba empapado, el agua corría por su cuerpo y Fen tuvo que admitir que le resultaba increíblemente atractivo. Ella lo miró mientras él caminaba hacia ella, admirando los músculos de sus hombros y sus poderosas piernas. Últimamente el único problema que ella tenía era la soledad. Para ella aquel problema era nuevo, lo que realmente necesitaba eran nuevos amigos. Todas las chicas del Mitre tenían novio 0 marido; además, cada una tenía su propia vida. Su trabajo no le permitía socializar a las horas normales en la que la gente se relacionaba y salía. Joe era exactamente el tipo de amigo que necesitaba. Una persona atractiva, inteligente, dispuesto a aceptarla de la manera en la que ella era, sin

importarle los detalles de su pasado.

-Estás muy seria, Fen -le dijo cuando se acercó a ella-. ¿Te importaría sacarme una toalla de mi bolsa?

-Estoy segura de que te estás congelando, lo que pasa es que no quieres admitirlo -dijo ella bromeando.

-No sabes lo bien que me ha sentado -insistió él secándose con la toalla que luego enrolló en su cintura.

El resto del día pasó rápidamente. Por la tarde, Joe volvió al bar y trajo unas tazas de té. Estuvieron charlando tranquilamente y, a ratos, permanecieron en cómodo silencio. Cuando llegó el momento en el que el sol ya no calentaba tanto, empezaron a recoger.

-Ha sido un día estupendo -dijo Fen comiéndose el helado que Joe le había comprado de camino al coche.

-¿Tienes prisa en regresar a casa?

-No, ¿por qué?

-Si quieres podemos volver por una carretera interior y buscar algún pub donde poder cenar -dijo metiendo las sillas en el maletero de su coche.

-Estoy hecha un desastre -comentó ella mirándose la ropa.

-¿Importa algo?

-No, la verdad es que no -contestó sonriendo-. Lo malo es que ahora estaré todo el camino despierta y no dejaré de hablar sobre mí; entonces, te arrepentirás de no haberme llevado a mi casa.

Joe sacudió la cabeza.

-Lo dudo mucho. De momento lo único que sé sobre ti es tu dirección y dónde trabajas. En lo que respecta a tu vida privada eres muy escueta.

-¿Eso es un problema para ti?

El la miró fijamente.

-Obviamente tú quieres que sea así, por lo tanto, no, no es ningún problema.

-Bien -dijo ella quitándose las gafas de sol y sonriéndole mientras se sentaba en el asiento del copiloto-. No te preocupes, no oculto ningún pasado criminal ni nada parecido. Soy una chica muy respetable.

Él soltó una carcajada mientras se acercaba hasta la puerta del conductor.

-Entonces, puedo confiar en que no vas a robarme.

-Bueno, me gustaría robarte tu apartamento, tienes un gusto extraordinario.

El frunció la comisura de la boca.

-Tengo que hacerte una confesión. Compré el apartamento a una

pareja que se mudaba a una casa en el mar Mediterráneo y muchos de los muebles que ahora tengo estaban incluidos en la compra.

-¿Quieres decir que no los elegiste tú?

-Bueno, sí. Yo compré la tetera y las tazas de café. Pero cuando venda mi casa de Londres, recuperaré todas mis cosas. Necesito mi mesa de comedor y mis sillas para rellenar la parte del salón que está vacía.

-Me encanta la manera en la que está, sobre todo si lo comparas con mi casita.

-¿Por qué no te mudas? -preguntó sin dejar de mirar la carretera.

-Ya te lo he dicho, es muy barata.

-No me extraña, con ese mobiliario tan anticuado. Perdona por decirlo así, pero estoy seguro de que mucha gente estaría de acuerdo conmigo.

-Tú eres el único invitado que he tenido.

Se hizo un silencio después de aquella afirmación.

-¿Por qué yo? -preguntó Joe eventualmente.

-Porque dio la casualidad de que me salvaste -dijo alzando la barbilla-. Solamente te invité a pasar porque estaba un poco asustada después de mi encuentro con Robbie.

-¡Gracias! -dijo mirándola de reojo-. Pero, ¿por qué no has invitado a nadie más?

-Estoy en mi fase de Greta Garbo -contestó ella.

Cuando encontraron un lugar que les pareció bien, pararon, pero les dijeron que en domingo no servían cenas.

-Creo que nos van a decir lo mismo en todos los sitios, sobre todo a esta hora de la noche -dijo Fen-. ¿Qué te parece si pedimos comida china y nos la comemos en la mesa de mi cocina?

-Hecho, cenaremos en un restaurante en otra ocasión -contestó él.

Ella sacudió la cabeza y se echó a reír.

-¿Qué? -preguntó él mientras se volvían a meter en el coche.

-Es la forma en la que asumes que yo voy a aceptar todos tus planes.

Joe se encogió de hombros. -Solamente es una cena:

-Eso es cierto. Vámonos, tengo mucha hambre -dijo ella mirando en el interior de su bolso-Tengo aquí el folleto del restaurante chino, podemos ir pidiendo ya lo que queramos cenar

Joe la miró lleno de admiración.

-Eres una chica muy lista.

-Creo que el hambre agudiza el ingenio. Utilizó el teléfono móvil de Joe y, después de ponerse de acuerdo en lo que querían pedir, hizo el encargo.

Pronto se encontraron de vuelta en Farthing Street abriendo las cajas de comida china sobre la mesa de la cocina de Fen.

-Me encantan las mujeres con apetito -comentó Joe más tarde, cuando estaba metiendo los platos sucios en el lavavajillas.

-Creo que ha sido el aire marino -contestó Fen limpiándose la boca con una servilleta-. Antes he dicho que estaba hecha un desastre, pues ahora estoy totalmente llena.

-Pues a mí me parece que estás radiante, podría comerte de postre -dijo Joe sencillamente. Ella se quedó parada y lo miró fijamente. Él echó la cabeza hacia atrás soltando una sonora carcajada.

-¿Dónde está el baño? Quiero limpiarme las manos -dijo él cuando se recuperó de la risa. -Arriba, la primera puerta que te encuentres. Cuando él desapareció, ella terminó de recoger la comida. Se lavó las manos y la cara en la pila de la cocina.

-El baño es igual de viejo que la cocina, pero me gusta tu cuarto -dijo él cuando regresó.

Fen abrió los ojos incrédula.

-¿Te has metido en mi habitación? -exclamó.

El asintió.

-Sentía curiosidad. No tengo ni idea de cómo es tu vida y, como obviamente no quieres que lo sepa, no preguntaré nada. Pero no puedo ser el primer hombre que te encuentre atractiva.

-No, no lo eres -aclaró ella-. Lo único es que mi habitación es mi espacio privado, es el límite -añadió mirándolo a los ojos fijamente-, para todo el mundo.

Él le devolvió la mirada con tranquilidad.

-Simplemente estaba preocupado de que tu dormitorio fuera como el resto de la casa.

-Ahora ya te has cerciorado de que no es el caso. Muy amable de tu parte -dijo con sarcasmo-. Gracias por el paseo, Joe. Buenas noches.

Él permaneció donde estaba, mirándola fijamente.

-¿Buenas noches? En ese caso... -la tomó por los hombros y le dio un ardiente y brusco beso en la boca. Entonces, la abrazó y la volvió a besar. Ella notó que la envolvía un aura de sal, arena y jabón. Sus labios y su lengua estaban ansiosos y ella tuvo que corresponderle sin poder evitarlo.

Joe sonrió mientras la soltaba. Tenía los ojos chispeantes.

-Me has devuelto el beso.

-Me ha pillado por sorpresa -dijo Fen de forma infantil y soltó una carcajada.

-Eso está mucho mejor -dijo él con aprobación-. Mira, Fen, no me he metido en tu habitación, simplemente le he echado un vistazo

desde fuera.

-Está bien. Me he pasado -murmuró ella-, pero no hace falta que te preocupes por mí, estoy bien.

-¿Me prometes una cosa? -Depende.

-Si alguna vez me necesitas, llámame. Estaré aquí en cuestión de minutos.

Ella frunció el ceño.

-¿Qué te hace pensar que pueda necesitarte?

-No lo sé. Este lugar no termina de convencerme, ¿cómo son los vecinos?

-Ni idea.

-¿Ves a lo que me refiero?

-No, no lo veo y déjalo ya -dijo ella irritada-. Me pones nerviosa.

Pero él no la estaba escuchando.

-Fen -empezó a decir él después de un rato-. ¿Cuánto dinero ganas en el Mitre?

Cuando se lo dijo, Joe arqueó las cejas violentamente.

-¡Tan poco! En ese caso, si me entero de un trabajo mejor, con el que puedas al menos alquilarte otro sitio, ¿lo considerarías?

Ella negó con la cabeza.

-Es muy amable de tu parte, Joe, pero de verdad que me gusta trabajar en el Mitre.

De pronto, el timbre de la puerta los interrumpió.

-¿Normalmente tienes visitas a estas horas? -Nunca antes he tenido una y menos por la puerta principal, es la que da directamente al salón. Siempre la mantengo cerrada con llave. -¿Quieres que yo abra?

-Por supuesto que no, es mi casa -dijo Fen encogiendo los hombros-. Probablemente sea un vendedor ambulante -el timbre sonó de nuevo y, aquella vez, el visitante no levantó el dedo del interruptor.

Ella entreabrió la puerta, pero no quitó la cadena de seguridad. Entrecerró los ojos cuando reconoció a su visita.

-¡Fuera de aquí! -exclamó intentando cerrar de nuevo la puerta.

Pero Adam Dysart puso un pie en la apertura para que Fen no pudiera hacerlo.

-Por el amor de Dios, Fenny -empezó a decir Adam impaciente-. Necesitamos hablar, ¿quieres dejar de comportante como una niña mimada y escucharme?

-¿Problemas, Fen? -le preguntó Joe poniéndose detrás de ella. Deslizó una mano protectora por su cintura y la apretó con fuerza.

La mandíbula de Adam se estaba torciendo y, entonces, Fen se dio cuenta del tipo de impresión que estaban dando. Probablemente Adam

pensaría que eran amantes o algo así.

-Nada importante, cariño -le aseguró a Joe-. Adam ya se iba.

Aquello pilló a su primo por sorpresa, momento que Fen aprovechó para cerrarle la puerta en las narices.

Cuando el timbre permaneció en silencio durante un rato, los ojos de Fen se llenaron de lágrimas y Joe la tomó de la mano dirigiéndola hasta la cocina. Una vez allí la abrazó cariñosamente.

-No llores -le susurró contra el pelo-. No voy a preguntarte nada, pero no puedo evitar sentir curiosidad por este primo tuyo.

Ella se tranquilizó un poco, se separó de él y se sentó en una silla.

-Ya te lo he dicho, Adam y yo estamos enfadados.

Joe se apoyó en la encimera, mirándola fijamente.

-Eso es obvio.

-No volveré a contestar al timbre. Joe alzó una ceja.

-Y ¿qué pasa si soy yo el que viene y llama a tu puerta?

-Bueno, tendremos que acordar la manera en la que llamas para que pueda reconocerte.

Joe se acercó y la levantó de la silla.

-Muchas gracias, me has sido de gran ayuda -añadió ella sollozando.

-Entonces, quizá sea el momento de decirte que mis servicios no son gratis.

-¿Quieres decir que tengo que pagarte? -preguntó ella un poco más tranquila.

-Sí, con un par de besos bastará -susurró cariñosamente.

-Me parece razonable.

Joe ladeó la cabeza y la besó y, aquella vez, Fen no tuvo ninguna intención de no responderle.

-No está mal -murmuró él con la voz ronca y acariciándole la mejilla con el dedo. Hizo una pausa-. Adam te llama Fenny.

La sonrisa de Fen se borró de su cara instantáneamente.

-Sí, pero ya nunca respondo a ese nombre.

-¿Por qué no?

-Porque Fenny se ha hecho mayor.

Capítulo 4

Cuando Fen llegó al Mitre a la noche siguiente, Tim Mathias la llamó a su despacho. Cerró la puerta y le pidió que se sentara.

-¿Pasa algo? -preguntó ella preocupada. Él asintió con la cabeza.

-Mira, Fen. Siento mucho lo que te voy a decir, pero me temo que tienes que irte.

-¿Irme? -exclamó ella mirándolo atónita-. ¿Me estás despidiendo?

-Eso me temo.

-¿Es que mi trabajo es insatisfactorio? -Nada más lejos de la realidad. -Entonces, ¿por qué?

-Adam me lo ha pedido -le informó con recelo.

-Mi trabajo no tiene nada que ver con él.

-Es cierto, pero el mío sí -contestó Tim con firmeza-. Adam es un buen amigo y está increíblemente preocupado por ti. Puedo entender su punto de vista, Fen. Por eso no puedo dejar que te quedes. Él te quiere de vuelta.

-Eso no va a suceder, Tim -le informó ella con los ojos encendidos.

-Le he dado a Adam mi palabra de que hablaría contigo.

-Bueno, no te preocupes -le dijo a Tim con una tenue sonrisa-, me iré, pero siento tener que irme, me encantaba trabajar aquí.

-Y a nosotros nos encantaba tenerte -contestó visiblemente aliviado de que ella se lo estuviera tomando tan bien-. Si hubiera sabido cómo Adam iba a reaccionar cuando le conté que sustituiste a Diane, nunca te hubiera pedido el favor. Por supuesto, él sabía desde el principio que trabajabas aquí...

-¿Qué? -exclamó Fen desencajada-. ¿Quieres decir que lo ha sabido todo este tiempo?

-Sí, por supuesto, si no, no te hubiera contratado.

-Ya veo, bueno, al menos ahora lo sé -comentó con una agria sonrisa-. Adiós, gracias por todo.

-Puedes quedarte hasta que encuentres otro trabajo, Fen.

Fen lo pensó unos instantes y luego sacudió la cabeza.

-No, estando Adam como está, será mejor que me vaya cuanto antes.

-Te pagaré un mes extra para que tengas tiempo de buscar algo.

Pasados unos minutos, después de una emocionante despedida por parte de Jilly y el resto de los compañeros, Fen se encontraba volviendo a Farthing Street.

Pasó una velada enfada y miserable metida en su habitación. No pudo dejar de pensar que Adam había hecho que la despidieran y que sabía que había estado trabajando en el Mitra todo aquel tiempo.

Abrió el periódico para buscar algún trabajo adecuado. Mejor sería encontrar un trabajo no adecuado, bailando en algún club nocturno, algo que Adam no aprobase. Fen se echó a reír y luego suspiró con tristeza.

Bajó a la cocina a prepararse un bocadillo cuando alguien llamó a la puerta. Era Joe; corrió a abrir la puerta. Al verlo, le sonrió de una manera tan radiante que Joe se sorprendió.

-Me alegro de verte -dijo ella tomándole de la mano y tirando de él para que entrara.

-Ya lo veo -contestó Joe sonriendo, luego frunció el ceño-. No creas que no me alegro por ello, pero ¿qué demonios pasa, Fen? Jilly me ha dicho que ya no trabajas en el Mitra; por cierto, me manda un beso para ti.

-Qué amable. La gente de allí es estupenda... los voy a echar de menos -sus ojos brillaron enfadados-. Me han echado.

-¡Dios mío! ¿Por qué?

-Adam le dijo a Tim que me despidiera. Joe entrecerró los ojos.

-¿Y Tim simplemente le obedeció? Fen asintió con la cabeza.

-¿Vas a dejar que ese primo tuyo se salga con la suya? -añadió Joe-. El Mitre es un buen local, ¿qué problema tiene Adam con que tú trabajes allí?

-Aparentemente nada. ¿Quieres una cerveza? -Siempre y cuando no me obligues a beberla en el salón.

Fen se lo quedó mirando unos instantes y luego se encogió de hombros.

-Está bien, vamos a mi habitación.

-Quiero decir -dijo mirando al suelo-, que prefiero bebérmela aquí, en la cocina.

-¡Oh, perdona! -murmuró Fen mordiéndose el labio inferior-. No te enfades, lo que ahora necesito es un amigo.

Joe se sirvió una cerveza en un vaso que ella le había dado y se la quedó mirando.

-Fen, me resulta muy difícil creer que no tengas ningún amigo.

-Por supuesto que tengo amigos -suspiró profundamente-. Mi mejor amiga, Laura, trabaja en Londres. Otras amigas del colegio están casadas o viven lejos de aquí. Aquí, en Pennington, estoy sola.

-¿Es Adam tu único familiar?

-No -dijo dando un sorbo al café que se había servido.

Él se acercó a ella y la tomó de la mano.

Entonces empezó a lamerle las mejillas. Fen, en vez de oponerse, se echó a reír.

-Mi perro solía hacerme lo mismo -dijo ella, pero se puso a llorar

de nuevo.

Joe se sentó en una silla e hizo que Fen se sentara en su regazo. Finalmente ella se tranquilizó y se puso de pie.

-Bueno, tenemos una cena pendiente, ¿qué te parece si quedamos mañana por la noche? Te animaría un poco.

Ella abrió los ojos entusiasmada.

-Sí, por favor, Joe. ¿Puedo elegir yo el restaurante?

-Por supuesto. Soy nuevo en la ciudad, ¿adónde quieres ir?

-Al Mitre.

Joe se quedó paralizado.

-¿Estás segura?

-La comida es muy buena.

-Y estás encantada de demostrarle a tu ex jefe que estás feliz aunque te haya despedido -dijo él secamente.

Ella sonrió triunfante.

-Exacto, pero podemos ir a otro lugar si lo prefieres.

-¡Venga! Fennella Dysart, no te hagas la sufrida -exclamó riéndose-. Llamaré al Mitre por la mañana.

-Muchas gracias, Joe -le dijo dándole un beso en la mejilla en señal de gratitud.

-Quiero más que eso -susurró poniéndose un dedo en los labios-. Aquí.

Fen, riéndose entre dientes, se puso de puntillas y lo besó ligeramente en la boca.

-¿Qué ha sido eso? ¿Una broma? -preguntó él.

-Raramente tengo que empinarme para hacerlo. Tengo suerte si los hombres son como yo de altos, nunca son más altos que yo.

Los brazos de Joe la rodearon.

-Por fin tengo un punto a mi favor.

Ella sonrió mirando aquellos intensos ojos unos centímetros por encima de los suyos.

-Tienes muchos puntos a tu favor, Joe Tregenna.

-Te dije que al final sucumbirías a mis encantos -dijo cariñoso y la volvió a besar.

Fen le correspondió. En un principio, ella sintió una mezcla entre emoción y gratitud, pero tan pronto como sus labios volvieron a tocarse, el beso se volvió apasionado y frenético. Las manos de Joe se deslizaron por debajo de su blusa, haciendo que ella emitiera un trémulo gemido que provocó tanto daño en el autocontrol de Joe, que tuvo que tomarla de los hombros y separarse de ella.

-¿Es esto a lo que tú llamas sucumbir a tus encantos? -dijo Fen con la respiración entrecortada y sin dejar de pestañear

-No exactamente.

-No hace falta que me sujetes -le aseguró ella-, no voy a saltar encima de ti.

-De lo que se trata es que no sea yo quien salte sobre ti -dijo Joe suspirando profundamente y dejando caer sus brazos-. Menos mal que estamos en una cocina mugrienta.

-No seas tan desagradable cuando te refieras a mi casa, señor Tregenna.

-Pero esta no es tu casa, ¿verdad? Y como lugar para seducir a alguien este sitio tiene serias desventajas -añadió con franqueza.

-¿Es eso lo que ibas a hacer? ¿Seducirme?

-No -su sonrisa aceleró el pulso de Fen-. Simplemente lo que quería, y lo que aún quiero, es hacerte el amor.

Joe supo que aquello era algo que Fen también quería.

-Si consigo el trabajó del que me has hablado, me cambiaré de casa -le prometió Fen con voz ronca.

-Entonces les hablaré bien de ti-.

-¿Cómo me las he arreglado para vivir sin ti todo este tiempo? -bromeó ella.

Joe miró a su alrededor.

-Solo Dios lo sabe -dijo él sonriendo. Tomó su cara entre las manos y le dio un beso en la frente-. Que duermas bien. Mañana te vendré a buscar.

Fen cerró la puerta con llave tras él y se fue a su dormitorio sintiéndose más feliz de lo que había estado en mucho tiempo. Aquella felicidad se la debía a Joe Tregenna.

A la mañana siguiente, Fen se fue a correr a la ribera del río. En el pasado solía hacerlo con cierta regularidad, pero, desde que empezó a trabajar en el Mitre, no había sacado el tiempo necesario para hacerlo.

Más tarde, de vuelta en casa, tardó mucho más de lo habitual en arreglarse. Quería estar muy guapa. En vez de un vestido, decidió ponerse un traje pantalón de lino negro. Eligió una camisola de tirantes con flores color melocotón para animar un poco el conjunto y se puso unas sandalias de tacón alto. Se maquilló muy poco, se recogió el pelo encima de la cabeza, dejando algún mechón suelto, y se terminó de poner unos aros de oro justo en el momento que oyó que alguien llamaba a la puerta.

El silencio de Joe fue el mejor piropo. La miró de arriba abajo, muy despacio y, después de pensarlo bien, le dio con mucho cuidado dos besos en las mejillas.

-¿Recuerdas lo que dije el otro día sobre el postre? Lo mantengo.

-Gracias -dijo ella con una sonrisa-, tú también estás estupendo.

Joe llevaba un traje ligero. La chaqueta cruzada le sentaba de maravilla sobre los musculosos hombros, era obvio que era un traje hecho a medida.

Entró en la cocina y puso un paquete sobre la mesa.

-¿Esto es un regalo?

-Realmente no, puedes abrirlo cuando volvamos.

-¿No puedo abrirlo ahora?

-No, estoy hambriento.

Cuando llegaron al Mitre, Fen sintió un cosquilleo en el estómago cuando Tim Mathias los recibió en la entrada.

-Hola, Tim -dijo ella ligeramente-. Este es Joe Tregenna. Venimos a cenar, espero que el cocinero esté en forma.

Tim estrechó la mano de Joe mientras intercambiaban algunas palabras formales, pero la forma en que miró a Fen hablaba por sí sola.

-Tu ex jefe parece como si quisiera decir algo -comentó Joe en voz baja mientras seguía a Fen hasta la mesa.

-Probablemente se quiera disculpar por haberme despedido -dijo ella y sonrió cálidamente a Grace cuando se acercó hasta ellos con las cartas.

Hubo más presentaciones y miradas de aprobación.

-Me alegro de verte, ahora mismo viene un camarero para tomaros nota -dijo Grace sonriendo con aquellos ojos azules.

-Grace todavía se siente culpable por mi despido -le comentó Fen a Joe al cabo de un rato. -Es una mujer encantadora -dijo Joe recostándose en el respaldo de la silla-. Bueno, ¿cómo te sientes después de este regreso triunfante?

-¡De maravilla!

El le sonrió de forma indulgente.

-¿Qué has estado haciendo hoy?

-Correr.

-¿De verdad? ¿Por dónde?

-Me he ido en coche fuera de la ciudad hasta uno de mis sitios favoritos. Solía hacerlo a menudo antes de empezar a trabajar en el Mitre.

Joe le sostuvo la mirada.

-Quizá algún día me puedas contar lo que entonces hacías, antes de empezar en el Mitre, me refiero. Esa ropa que llevas no la has podido comprar con dinero ganado aquí -dijo mirando a su alrededor-. Obviamente, has tenido que haber trabajado en Londres.

-No, trabajaba aquí, en Pennington.

-No me digas que también te despidieron.

-No, me fui yo.

-¿Porqué?

-Diferencias con mi jefe -Fen lo estudió por encima del borde de su copa-. Has dicho que estabas hambriento, ¿por qué no elegimos ya lo que queremos?

Una camarera se acercó con una botella de vino y le guiñó un ojo a Fen.

-La señora Mathias les pide que acepten este obsequio de su parte.

-Es muy amable de parte de Grace -comentó Fen empezando los tallarines que había pedido como primer plato-. El día que me fui de aquí, me enteré de que ella insistió mucho a Tim para conseguir que me pagara un mes extra.

-Tim y Adam deben de ser viejos amigos, para que uno diga que te despidan y el otro siga sus instrucciones sin pensarlo.

-Iban al mismo colegio, por eso Tim me dio el trabajo en un principio y por eso ha terminado despidiéndome. A Adam le parece mal una cosa, a Fen la echan al día siguiente -dijo sonriendo filosóficamente-. Hablemos de otra cosa, ¿quieres? Joe cambió inmediatamente de tema y empezó a hablar de su apartamento en Londres. Había encontrado a un comprador.

-Lo que significa que ya puedo traer mis cosas -comentó mirando la cara de Fen, que cada vez estaba más sofocada-. ¿Estás ruborizada por el triunfo o tienes demasiado calor?

-Ambas cosas -contestó ella riendo y dándose un poco de aire con la servilleta-. ¿Te importa si me quito la chaqueta?

Al hacerlo, dejó sus bronceados hombros al descubierto. Joe la miró impresionado.

La cena estaba siendo excelente hasta que Adam entró por la puerta. No dijo ni hizo nada, Fen no supo si era porque la estaba ignorando o porque no se había dado cuenta de que estaba allí.

-No has comido mucho -le dijo Joe cuando la camarera retiró el primer plato-. Tómate algo de postre.

-No, gracias, tengo demasiado calor -dijo sonriéndole-. ¿Por qué no nos tomamos un café en el bar del restaurante?

Una vez allí, Fen pensó satisfecha que sentados en aquel lugar el encuentro con Adam sería inevitable. Intentó relajarse en el sofá en el que se había sentado junto a Joe y rechazó la copa de coñac que le ofrecieron.

-No, gracias. Me he tomado dos copas de vino durante la cena.

-¡Qué más da! ¿Tienes miedo de terminar encima de la mesa bailando?

Ella se echó a reír.

-No... mi carrera en el mundo del espectáculo empezó y terminó la semana pasada.

Joe se arrimó a ella y la tomó de la mano.

-¡Qué pena! ¡Me encanta cómo cantas!

-A mi familia le encantaba todo lo relacionado con la música.

-Hablando de la familia -dijo Joe con tranquilidad-. Un miembro de ella se está acercando a nosotros.

-Aquí está -dijo Fen sonriendo de forma desafiante mientras lo veía andar. Sus ojos se encontraron, ella estaba preparada para el encuentro, pero para su frustración, Adam se acercó, hizo un ligero movimiento de cabeza y pasó de largo sin decir ni una palabra.

¿Cómo se atrevía a ignorarla así?

-Venga -dijo Joe poniéndose de pie-. Vámonos.

-Quiero irme a casa -dijo ella; estaba tan furiosa con Adam, que no se había dado cuenta, hasta aquel momento, de que Joe estaba conduciendo en dirección opuesta a Farthing Street-. Quiero decir a mi casa.

-Lo siento -le contestó Joe-. Estás demasiado enfadada, tienes que desahogarte, además, me niego a sentarme en esa cocina tuya. Por lo tanto, nos relajaremos en uno de mis estupendos y comodísimos sofás hasta que te hayas calmado.

-Estoy calmada.

-Sí, seguro, tan calmada como un volcán a punto de estallar -dijo ignorando el resentimiento con el que Fen lo estaba mirando.

-¡Siéntate! -le ordenó Joe cuando llegaron a su apartamento-. ¿Qué te apetece beber?

-No quiero nada -contestó ella con rudeza quitándose la chaqueta.

-Bueno, pues discúlpame mientras voy a servirme algo.

Cuando se quedó sola, Fen tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas. Respiró profundamente mientras se sentaba en uno de los sofás.

Joe llegó con una bandeja.

-Tendré que ponerla en el suelo -dijo poniéndola a los pies de Fen-. Estoy deseando traer mi mesa y el resto de mis muebles. Te he traído agua mineral y una cerveza por si cambias de opinión.

-Gracias, agua, por favor -Fen sonrió levemente-. Siento haberme enfadado, ni siquiera te he dado las gracias por la cena.

-No hace falta, además, no has comido nada -dijo acercándole un vaso de agua y sentándose a su lado con una cerveza-. Esta noche no ha salido de la forma que esperabas, ¿verdad?

Ella alzó la mandíbula.

-¿A qué te refieres?

Joe la miró mordazmente.

-¡Vamos, Fen! Te apetecía un encuentro dramático con tu primo en el Mitre. Te has comportado como una gata sobre un tejado caliente durante toda la noche, pero Adam no ha dado juego, ¿eh?

Fen apretó su vaso de agua con fuerza.

-No, no lo ha dado.

-¿Por qué tienes tantas ganas de hacerle daño?

-El hace lo mismo conmigo, además, esto no es asunto tuyo -

contestó furiosa.

-Sí, sí lo es desde el momento en que me involucras para poder encontrarte con él -dijo mirándola seriamente-. No me gusta que me tomen por tonto, ni Melissa ni nadie, y eso te incluye a ti, Fennella Dysart.

Ella se encogió de hombros para ocultar el daño que aquellas palabras le habían causado.

-Está bien, Joe, pero lo único que hice fue elegir el Mitre cuando tú me invitaste a salir a cenar.

-¿Porque sabías que te encontrarías con Adam?

-Sí, está bien, y porque quería demostrarle que conseguir que Tim me despidiera no había servido para nada.

-Y, ¿no me podías haber contado tu plan?

-Sabía que te opondrías, cosa que haces ahora -ella se rió amargamente-. Bueno, al final todo es culpa mía. Te has enfadado conmigo y a Adam, obviamente, no puedo importarle menos.

-Quizá no quiso protagonizar una escena frente a las personas con las que estaba. Parecía que estaba en una reunión de negocios, ¿a qué se dedica tu primo?

-Es el director de la casa de subastas Dysart. Ha sido un negocio familiar durante generaciones. Mi... mi tío, el padre de Adam, se jubiló hace muy poco y lo dejó a él solo al mando. Adam es muy conocido en el mundo de las antigüedades y el arte. Probablemente aquellas personas eran colegas de trabajo -los ojos de ella destellaron con frialdad-. Lo que no es razón para que me ignorase de la forma en la que lo hizo.

-El domingo por la noche -le recordó él-, le cerraste la puerta en las narices y le dijiste que te dejara en paz. Quizá simplemente esté siguiendo tus instrucciones.

Algo que a ella no se le había ocurrido.

-Si es así, entonces no me puedo quejar -dijo terminándose su vaso de agua y poniéndolo de nuevo sobre la bandeja-. Gracias, si me pides un taxi me iré a casa y te dejaré descansar en paz.

-No quiero que te vayas -dijo él para sorpresa de Fen-. Para ser más específicos, odio la idea de que vuelvas a esa casa. ¿Tienes familia viviendo en Pennington?

-No.

-Y, ¿Adam?

-No.

-En otras palabras, cállate, Tregenna -dijo él cansado de discutir y poniéndose de pie-. No hace falta que llame a un taxi, yo te llevaré.

Fen también se puso de pie, con tanta presteza que él tuvo que

ayudarla para que no perdiera el equilibrio.

-¿Te has hecho daño en el tobillo? -preguntó él ayudándola a sentarse de nuevo en el sofá-. Enséñamelo.

Ella lo hizo. Tenía un pie fino y delicado, con las uñas pintadas de rosa.

-Estoy bien, simplemente necesito un poco más de práctica con sandalias de tacón. -Entonces, ¿por qué te las has puesto?

-Vanidad, aunque no me las pongo muy a menudo. Me hacen demasiado alta -sonrió entre dientes-. Intento no sobrepasar la altura de los hombres que son lo suficientemente valientes como para pedirme salir.

Él también sonrió mientras le ponía las piernas sobre el sofá.

-Pon los pies en alto durante un rato.

Ella lo hizo, apoyó la cabeza sobre un cojín y deseó quedarse allí para siempre.

-Gracias, ¿todavía estás enfadado por haberte llevado al Mitre?

-No -contestó sonriendo-. Ya se me ha pasado.

Se sentó en el sofá poniendo las piernas de Fen sobre su regazo.

-¿Estás cómoda?

-Sí, mucho -dijo ella sonriendo-. ¿Sabes que la verdadera razón por la que vivo en ese antro es para que Adam sienta lástima?

-¿Cuánto tiempo lleváis enfadados? -preguntó mirando hacia abajo.

-Tres semanas -contestó suspirando-, pero parece que llevamos toda la vida.

-Y, ¿tus otros parientes?, ¿en qué lado están?

-No creo que ninguno de ellos lo sepa, bueno, menos Gabriel.

-¿Quién es?

-Es la mujer de Adam.

-Sé que no es asunto mío, pero claramente esto te está afectando mucho, Fen. Y creo que a Adam también.

El labio inferior de Fen empezó a temblar.

-Pues esta noche no parecía que le importase mucho.

-Quizá esté cansado de todo esto.

Los ojos de Fen se llenaron de lágrimas.

-No llores -añadió Joe.

-¿No ves que lo estoy intentando? -dijo ella sollozando-. Tengo un pañuelo en mi bolso.

Joe lo encontró.

-Pareces un osito panda -dijo acercándole el pañuelo a la cara-. Suénate.

Ella se rió.

-Lo siento, Joe -dijo finalmente. El rímel se le había corrido por la cara.

-¿Por qué, exactamente?

-Por no haberte dicho que Adam estaría en el Mitre.

-Disculpas aceptadas, pero creo que estás jugando con fuego por hacer que se enfade tanto contigo; me temo que es de los que explotan.

-Realmente no, es un buen marido y un buen padre. No voy a hablar de sus hijos o no pararé de llorar.

-Obviamente te ha dicho cosas que no puedes perdonarle.

-Así es.

-¿Y tú has hecho lo mismo?

-Por supuesto, puedo ser muy cruel cuando me enfado y pierdo los estribos.

-Al menos lo admites. ¿No podrías ver a Adam y pedirle perdón por las cosas que le dijiste? Le das un beso y haces las paces.

-No es tan simple -dijo ella apenada.

-Nada lo es -dijo Joe acercando la cara a la suya-. Bueno, entonces ¿qué te parece darme a mí un beso y hacer las paces conmigo?

-Pero si nosotros no nos hemos enfadado.

-Todavía no, pero dame un poco de tiempo -apuntó sonriendo-, pero está bien, concentrémonos en la parte del beso primero.

Fen soltó una risita.

-Eres muy bueno conmigo, Joe, de verdad que te lo agradezco.

Los ojos de Joe se oscurecieron.

-Yo no quiero tu gratitud, Fenella Dysart.

Ella palideció levemente.

-¿Quieres decir que lo que quieres es sexo?

Joe se alejó y se puso a mirar por la ventana, dándole la espalda a Fen.

Pasó un rato y Fen suspiró ruidosamente. Finalmente, Joe se dio la vuelta con las manos metidas en los bolsillos y se la quedó mirando fijamente a los ojos.

-¿Crees que lo único que quieren los hombres de ti es acostarse contigo, Fen?

Ella se encogió de hombros.

-Al final siempre lo acaban sugiriendo, sí.

-No hace mucho que nos conocemos -empezó a decir él-, pero pensé que me conocías mejor. Esta noche te he traído aquí por la sencilla razón de que tu casa es increíblemente incómoda, no porque estuviera esperando que me recompensases por una cena que ni siquiera has comido. Yo no quiero sexo -dijo mirándola a los ojos-,

pero sí, me considero culpable de querer hacerte el amor. ¿Conoces la diferencia?

-Obviamente, no -contestó ella un tanto deprimida, preguntándose qué pasaría si le pidiera que se la enseñase. Probablemente sería una mala idea. Miró la hora y sonrió ligeramente-. Es hora de marcharme. ¿Podrías llamarme a un taxi, por favor?

-Te he dicho que yo te llevaría -dijo separándose de la ventana-. ¿Qué tal tienes el pie? -Bien, pero me vas a perdonar que no me vuelva a poner la sandalia.

-Por supuesto, pero en ese lugar será mejor que te lleve yo en brazos...

-No -lo interrumpió ella-, peso demasiado. Joe la miró con ojos burlones.

-He llevado cosas más pesadas que tú, Fen.

-Probablemente, pero prefiero ir yo sola.

-Como quieras -dijo recogiendo su chaqueta, su bolso, su sandalia y ofreciéndole el brazo-. Al menos, ¿aceptarías un poco de apoyo amistoso?

-Por supuesto que sí -contestó ella mirándolo a los ojos-. Siento haber hecho que te enfadaras.

-Más que enfadarme, me he sentido dolido. Si quieres puedes darme un beso para hacer que me sienta mejor -susurró él con malicia.

Ella se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla, pero como le faltaba una sandalia no se sujetó bien y apoyó todo su peso sobre él, que, al pillarlo por sorpresa, se desequilibró cayéndose con ella sobre el sofá.

-Perdona -se disculpó Fen abochornada por la vergüenza e intentando ponerse de pie, pero Joe no se lo permitió y la atrajo hacia él. Con una mano le rodeó la cintura y con la otra la tomó de la barbilla acercando su boca hasta la suya. Fen se derritió al besarlo. Después de un rato, ella alzó la cabeza y, al mirarlo a los ojos, su cuerpo se encendió como el fuego.

-Siento haberte aplastado -susurró ella.

-No me has aplastado -dijo él tomándola y moviéndose hasta que quedaron tumbados completamente sobre el sofá, cara a cara-. ¿En qué estás pensando? -le preguntó con suavidad sin dejar de mirarla a los ojos.

-Tengo una idea -contestó intentando respirar con normalidad-, quizá no te guste.

-Prueba.

-Me pregunto si te gustaría enseñarme la diferencia... la diferencia entre acostarte con alguien y hacer el amor -aclaró ella.

-¿Necesitas pedírmelo? -exclamó él con voz ronca antes de besarla intensamente.

Ella le correspondió salvajemente, temblando bajo aquellas manos que acariciaban sus hombros desnudos. Sintió la dureza masculina de su pasión mientras la besaba. Su lengua tomó posesión de la suya y olas de placer le recorrieron el cuerpo.

-Puedes elegir el sitio que prefieras para dar la clase -murmuró contra su boca abierta-. Aquí o en mi cama.

Fen lo miró.

-Creo que los dos somos demasiado altos para este sofá.

-En ese caso... -dijo Joe consiguiendo que ella se pusiera de pie y haciendo él lo mismo. La tomó de la mano, la condujo a lo largo del recibidor y subieron unas escaleras hasta el segundo piso.

-Esto es territorio peligroso -murmuró ella en tono seductor al entrar en el dormitorio de Joe.

-No, simplemente es el cuarto de un hombre muy normal -replicó él tomándola en brazos y depositándola sobre la cama.

Encendió las lamparitas de las mesillas, corrió las cortinas y se acercó a la cama mirándola desde arriba. Se sentó a su lado, le tomó una mano y le besó los dedos. Fen se incorporó y le rodeó con los brazos el cuello.

-Quiero dejar algo muy claro, Joe. Como no he sido muy honesta contigo en la cena, ahora quiero que me escuches. Estoy pasando por un momento en el que necesito sentirme deseada, pero si piensas que te estoy utilizando para no sentirme sola, dímelo ahora y me iré antes de...

-¿Antes de qué? -dijo él contra su boca.

-Antes de que suplique que dejes que me quede -susurró hundiendo la cara en su pecho. Joe la abrazó con fuerza, la echó para atrás con cuidado sobre la cama y la besó con pasión.

-¿Es esto la primera lección? -susurró ella separándose un poco.

Él asintió con la cabeza.

-La primera regla del manual de Tregenna para hacer el amor es la comodidad.

-Lo recordaré -le prometió ella-. ¿Cuál es la segunda?

-Paciencia, que para mí es la parte más difícil -dijo besándola de nuevo.

La saboreó como si de una fruta exótica se tratase. Recorrió con la lengua el contorno de sus labios, luego, entreabrió la boca para introducirse en ella mientras deslizaba los tirantes de su camisola. La totalidad de su cuerpo se puso rígido cuando se dio cuenta de que no llevaba sujetador.

Fen tembló excitada al comprobar el efecto que ella estaba produciendo en él. Joe le quitó la camisola y ella se mordió el labio inferior, reprimiendo un gemido cuando aquellas manos empezaron a acariciar sus pechos poco a poco hasta que se desató una tormenta en su interior. Arqueó la espalda cuando notó la presión de sus labios y de sus manos sobre la piel. Su cuerpo se encendió desde sus pezones hasta la punta de los dedos de los pies.

Cuando Fen pensó que se convertiría en humo si Joe no se detenía, él lo hizo. Se tumbó a su lado, mejilla con mejilla.

-Esto no es fácil -dijo él-, te deseo demasiado para tener paciencia.

-Bueno, pues pasemos a la siguiente fase -dijo con los ojos brillantes, invitándolo a continuar. Fen se puso de pie. Se quitó el pasador de la cabeza y la zarandeó para liberar su pelo. Luego, con un sinuoso movimiento, se quitó los pantalones y las minúsculas braguitas de encaje negro. Joe se apresuró a tomarla de la mano para devolverla a la cama. Se puso sobre ella al tiempo que se quitaba la ropa. Sus ojos eran dos llamas ardientes y Fen lo abrazó en cuanto se quedó desnudo, esperando que la poseyera en ese preciso momento, pero Joe la tomó de la cara y sonrió.

-¿Por dónde íbamos? -susurró él.

-Si no me equivoco -dijo ella con la respiración entrecortada-, todavía en la segunda fase.

A Fen se le paró un instante el corazón cuando él empezó a besarle el cuello. Poco a poco, empezó a girarla hasta dejarla boca abajo. Entonces, continuó besándola a lo largo de la espalda, deslizándose hasta las curvas de sus nalgas. Sus caricias y aquellas manos cuidadosas siguieron la ruta de sus besos hasta conseguir que la totalidad de su cuerpo se convirtiera en una sola zona erógena.

Cuando volvió a darle la vuelta, Fen lo abrazó apretándose contra él, acariciándole los hombros musculosos al tiempo que lo besaba con un fervor y una pasión destinados a dejarle claro lo que ella quería a continuación.

Pero Joe estaba demostrando tener paciencia y siguió con la lección. Ella no pudo reprimir un gemido cuando las caricias de sus dedos provocaron en su interior una tormenta de calor y frenesí incontrolable. Cuando pensó que ya no aguantaría ni un segundo más, Joe deslizó las manos hasta sus caderas y, besándola con voracidad, la atrajo hacia sí, introduciéndose en ella.

Soltó un gemido casi de dolor cuando sintió que los músculos más íntimos de aquel cuerpo femenino lo rodeaban, dándole una bienvenida excitante. Empezó a moverse rítmicamente contra ella, y aquella unión consiguió que Fen alcanzase el clímax mientras gritaba

contra el hombro de Joe. Al mismo tiempo, él se puso tenso, empezó a gemir, cada vez más rápidamente hasta que su cuerpo se convulsionó por la fuerza y el placer de haber liberado su pasión.

-¡Por fin! -murmuró Fen contra su hombro, minutos u horas más tarde, cuando recuperó el habla-. No hace falta que me preguntes si me ha gustado.

-Creo que te ha gustado la lección -dijo sonriendo mientras ella se levantaba y se lo quedaba mirando.

-Es muy buen profesor, señor Tregenna.

-Con una alumna tan brillante debería haber sido más fácil.

Ella lo miró con indignación.

-¿Quieres decir que te ha costado hacerme el amor?

-Sí -dijo firmemente y atrayéndola hacia él para poder abrazarla-, cuando te desnudaste quise lanzarme hacia ti para dejar que la naturaleza hiciera el resto.

-Sí, por un momento pensé que la lección terminaría rápidamente -admitió ella encantada.

Él la besó sonriendo.

-Quédate conmigo esta noche, Fen -susurró.

Ella se quedó sorprendida mirándolo fijamente.

-¿De verdad lo quieres?

-Me evitaría tener que llevarte a casa en coche -dijo volviendo a abrazarla cariñosamente-. Estaba bromeando, si quieres que te lleve; por supuesto que lo haré, pero preferiría el plan A.

-¿Cuál es ese plan?

-Quedarme aquí contigo toda la noche y hacerte el amor por la mañana antes de irme a trabajar. Quédate conmigo, Fen.

-Con una condición: dime lo que había en el paquete que me trajiste y que dejaste encima de la mesa de mi cocina.

-Un sensor que hace que las luces se enciendan cuando alguien se acerca, para que lo pongas en la puerta de tu casa, ¿hubieses preterido unas chocolatinas?

Ella negó con la cabeza. Joe la abrazó con ternura.

-Esta noche solamente te he enseñado la primera lección del curso, todavía te queda mucho para graduarte.

Fen sonrió divertida.

-¿Crees que tengo posibilidades de aprobar?

-De momento necesitas más lecciones -bromeó él.

Capítulo 6

Fenella Dysart nunca había estado enamorada. En el pasado había creído estarlo un par de veces hasta que se había dado cuenta de que se había equivocado, pero con Joe Tregenna estaba empezando a creer que, por fin, había encontrado algo verdadero.

Cuando Fen se quedaba sola durante el día, con tiempo para pensar, se sentía devastada porque Adam no había vuelto a hacer el esfuerzo de contactar con ella. Pero cuando estaba con Joe se olvidaba de todo. No solían salir mucho, preferían quedarse en su casa o, incluso, en el dormitorio en Farthing Street haciendo el amor y viendo la televisión. Descubrieron que les gustaba la misma comida, que compartían el mismo sentido del humor y que disfrutaban del sexo como nunca hubieran soñado hacerlo. Pero, aunque Joe le insistía mucho para que se fuera de Farthing Street, nunca había sugerido que se fuera a vivir con él. Era estupendo sentirse tan deseada, pero ella quería que Joe también la amara.

El anuncio de trabajo de Safehouse salió en los periódicos. Fen había mandado su currículum y había recibido una carta que la invitaba a una entrevista el lunes siguiente.

-Todo saldrá bien le dijo Joe mientras desempaquetaban las cajas de la mudanza que contenían las cosas de su apartamento de Londres.

Joe pidió comida tailandesa para cenar aquella noche y, después, se sentaron en cl sofá a ver una película de televisión. Fue entonces cuando Fen quiso decir a Joe algo que había estado intentado decirle durante todo el día.

-¿Qué te apetece que hagamos mañana? -se adelantó a decir él.

-De hecho, mañana no puedo hacer nada. Voy a comer con una amiga.

Joe se acomodó en el sofá con sorpresa.

-Me dijiste que no tenías ninguna aquí.

-Mi mejor amiga, Laura, ha venido a pasar el fin de semana.

-¿Por qué no me lo has mencionado antes? He asumido que pasarías todo el fin de semana conmigo.

-Tenía pensando venir aquí después de estar con ella, pero si prefieres ir a Farthing Street más tarde...

La cara de Joe se relajó ligeramente.

-¿A qué hora estarás de vuelta?

-Si vienes sobre la seis, prepararé algo de cena -dijo poniéndose de pie-. Hora de irme.

-¿Qué? -exclamó atónito-. ¿Por qué? Pensé que nos iríamos a la

cama.

-Esta noche no puedo quedarme, tengo que levantarme pronto mañana -dijo ella con firmeza. Todo aquello lo había planeado con anterioridad, quería hacerle ver que vivir juntos sería mucho mejor.

-Seguro que puedes levantarte pronto e irte a tu casa, Fen.

-Prefiero irme ahora.

Los ojos de Joe se endurecieron.

-En otras palabras, esta noche no quieres dormir conmigo.

Fen lo miró confundida.

-Joe, hoy nos hemos echado la siesta en tu cama durante horas.

Él se levantó despacio, mirándola a los ojos.

-¿Qué pasa? ¿Ahora me estás racionando tus favores?

-¿Favores? -dijo, teniendo dificultades para controlarse.

-Venga, vamos a la cama, te enseñaré otra de mis lecciones -sugirió él, sonriendo triunfante y confiado en que ella accediera.

Ella sacudió la cabeza. Si no rehusaba en aquel momento, en el futuro Joe asumiría que con un simple chasquido de dedos ella estaría dispuesta a hacer todo lo que él deseara.

-O podemos dejarlo para otro día -propuso ella.

Aquello borró la sonrisa de la cara de Joe y Fen se dio cuenta de que él, por primera vez desde que lo conocía, estaba a punto de perder los nervios.

-Es totalmente absurdo que esta noche te vuelvas a tu asquerosa casa -dijo muy enfadado-. Quédate aquí.

-Ella negó con la cabeza.

-Esta noche no -contestó con frialdad mientras recogía su chaqueta y su bolso.

Fen esperaba que él impidiese que se fuera, que la abrazara y la besara rogándole que se quedara con él para siempre, pero no fue así. Se miraron fijamente a los ojos. El se mantuvo en silencio y a ella no le quedó más remedio que darse la vuelta en dirección a la puerta y salir de allí.

Su teléfono móvil también permaneció en silencio de camino a Farthing Street. Cuando llegó a su casa, el teléfono que había en su dormitorio tampoco sonó. Fen pasó una de las noches más miserables de su vida, convencida de que había cometido un terrible error.

A la mañana siguiente, estuvo en casa todo el tiempo que pudo, pero finalmente tuvo que marcharse. El teléfono seguía sin sonar. Estuvo tentada de llamar a Joe, pero no lo hizo.

Llegó hasta la casa donde había quedado y llamó a la puerta. Escuchó un ladrido familiar, pero nadie abrió la puerta. Volvió a llamar, pero obtuvo el mismo resultado. La casa parecía desierta. Sacó

una llave de su bolsillo, se la quedó mirando un rato, luego suspiró y la introdujo en la cerradura abriéndola.

-¿Adam? -dijo en voz alta-. ¿Gabriel?

Aparte de los ladridos, no hubo respuesta. El perro apareció corriendo por una puerta, Fen se agachó y lo abrazó.

-¿Dónde está todo el mundo, Pan? -le preguntó riendo mientras el animal le lamía la cara. En la casa no había ni rastro de sus habitantes y, por lo inquieto que estaba, el perro parecía que llevaba tiempo encerrado. Seguramente Adam y su familia se habían ido a pasar el día fuera. Salió de la casa, cerró con llave la puerta y se metió en su coche para regresar a Pennington.

Fen condujo despacio, se había puesto a llover y, entre el agua de la lluvia y sus propias lágrimas, no veía muy bien. Llegó a su casa y se dirigió directamente a su cuarto. Se tumbó en la cama a llorar hasta que se quedó profundamente dormida. Más tarde, la despertó un golpe en la puerta. Se levantó, se apartó el pelo de los ojos y se asomó por la ventana. Una inmensa felicidad la inundó cuando vio el coche de Joe aparcado en la calle. Volvieron a llamar a la puerta, ella bajó descalza las escaleras a toda prisa para abrir. Joe, muy pálido y con los ojos muy abiertos, entró como un huracán dando un portazo a su espalda.

-¿Por qué diablos no has contestado antes? -dijo sin aliento.

Ella se quedó quieta, parpadeando.

-Estaba dormida -dijo retirándose el pelo de la cara.

-¿Todo este tiempo? No sé cuántas llamado.

-He estado fuera, ¿qué haces aquí?

-Son las seis pasadas, ayer me invitaste a cenar, ¿recuerdas?

-¿Ya es tan tarde? -exclamó ella incrédula, pero contenta de que él estuviera allí-. He dormido durante horas.

-Bien por ti -dijo él bostezado-, yo he sido incapaz.

-¿Porqué?

-Porque discutimos, ¿o no te acuerdas?

-Por supuesto que me acuerdo.

Se miraron fijamente en silencio durante un rato.

-¿Qué tal la comida con tu amiga? -preguntó él educadamente.

-No he comido con nadie. Fui a su casa y no había nadie, probablemente me equivoqué de día. Si te sientas haré algo de cenar.

Él dudó, pero al final asintió con la cabeza.

-Está bien, ¿te puedo ayudar en algo? -dijo para el alivio de ella.

A Fen lo que realmente le hubiera gustado hubiera sido que él se hubiera acercado, la hubiera abrazado y besado, pero parecía que aquello, de momento, no iba a suceder.

-Corta el pan si quieres, luego siéntate y dame conversación

mientras pongo la pasta a hervir y hago la salsa de tomate-dijo ella.

Joe hizo lo que ella dijo. Más tarde, Fen puso sobre la mesa un cuenco lleno de pasta humeante.

-La mejor salsa que he tomado en mi vida -le aseguró Joe sonriendo cuando la probó-. ¿De qué marca es?

-La salsa secreta Dysart.

Cenaron relajadamente mientras charlaban.

-Todo estaba buenísimo -comentó Joe-. Yo tampoco había comido.

-¿Por qué no?

-Ya sabes por qué.

-Yo no raciono mis favores, como ayer me dijiste, Joe -dijo ella mordazmente-. No te sugiero que vayamos a mi dormitorio porque creo que deberíamos hablar. Hay cosas que tengo que decirte cara a cara.

-Y, ¿qué crees? ¿Que si mi invitas a tu cuarto y me acomodo en la cama, no te prestaría suficiente atención?

-Exacto -dijo ella tomando aire profundamente-. Mira, Joe, te he mentido sobre la comida con Laura. Ella está en Londres, probablemente pasando el día con su marido.

Joe frunció el cejo.

-¿Quieres decir que has estado todo el día aquí metida?

-No, he ido a ver a Adam, pero no lo he encontrado.

-¿De verdad? ¿Ibas a hacer las paces?

-No exactamente. Necesito un favor. Quería ver a Adam antes de mañana porque en la solicitud del empleo de Safehouse, en el apartado de referencias, puse su nombre y dirección

-Fen se encogió de hombros al ver la cara de Joe-. No tenía otra alternativa, podía haber puesto a Tim Mathias, pero trabajar un par de semanas en un lugar como el Mitre no me parecía una buena referencia. Anteriormente trabajé más de un año con Adam.

-En su casa de subastas, ¿qué hacías exactamente?

-Era la secretaria personal de Adam. Me contrató cuando la secretaria de toda la vida se jubiló.

-¿Por qué te fuiste?

-Porque nos enfadamos.

-Y, ¿por qué os enfadasteis? -Joe esperó mientras ella se mordía el labio-. ¿Revelarías secretos familiares si me lo contases?

-Lo siento, pero así es -dijo mirándolo directamente-. ¿Te molesta? ¿Puede ser un obstáculo para nuestra amistad?

-No, pero pienso que lo nuestro es algo más que una amistad -dijo Joe alargando el brazo y tomándola de la mano-. Ayer por la noche, después de que te fueras, estuve pensando seriamente. Mi cama estaba

fría y solitaria sin ti, cariño.

El corazón de Fen empezó a latir con fuerza.

-Podías haberme llamado para habérmelo dicho.

-Lo hubiera hecho, pero, como tú, necesitaba hablar contigo cara a cara. Todo esto no volverá a pasar si compartimos mi apartamento -dijo apretando su mano con fuerza-. ¿Qué me dices?

Si aquello se lo hubiera preguntado veinticuatro horas antes, ella hubiera aceptado instantáneamente, pensó Fen con tristeza. Pero después de toda la noche en vela, pensando y analizando la situación, tenía una percepción distinta de las cosas.

-Joe, me encantaría compartir contigo tu estupendo y maravilloso apartamento, pero todavía no. Primero, necesito hacer una limpieza en profundidad en mi vida. Si después de hacerlo sigues pensando igual, estaré encantada, feliz, increíblemente feliz de vivir contigo.

Joe se puso de pie, ella también, se acercó y la abrazó.

-No es exactamente la respuesta que esperaba, pero no está mal.

Ella sonrió emocionada.

-Y ahora, señor Tregenna, si es tan amable de acompañarme arriba...

-Encantado -contestó divertido.

Cuando llegaron a su dormitorio, Joe la abrazó por la espalda y la besó en la oreja.

-Hace veintinueve horas y doce minutos que no hago el amor contigo -le informó él mientras la empujaba cariñosamente a la cama.

Ella se empezó a quitar la camiseta y él comenzó a besarla. Hicieron el amor apasionadamente, rayando la locura.

-¡Cielos! -exclamó él al final, cuando se introdujo en ella.

Su boca y su cuerpo la poseyeron mientras alcanzaban juntos una fiebre de sensaciones sorprendentes.

-Supongo que hoy debería dormir en mi casa. Necesitas descansar, mañana tienes la entrevista -dijo él al cabo de un rato.

-¿Qué pasará si Adam se niega a dar las referencias?

Joe frunció el ceño mientras se levantaba para vestirse.

-Seguro que no es capaz de negarse.

-Debería haber ido a verlo a Dysart el viernes o incluso el sábado por la mañana, pero pensé que sería mejor hablarle en su propia casa -dijo ella empezando a llorar-. Ha sido muy difícil haber ido hasta allí yo sola y, para serte sincera, me apetecía ver a Gabriel y a los chicos. Los echo de menos terriblemente. Bueno, al menos, he visto al perro.

Joe la abrazó tiernamente.

-Cuanto antes soluciones los problemas con Adam, mejor. Tengo que irme unos días a Londres por culpa de mi trabajo; cuando regrese

hablaremos. Tengo algo que decirte -dijo justo antes de irse.

-¡Dímelo ahora! -gritó ella mientras él se alejaba.

-Cuando regrese -dijo él dándose la vuelta.

Al mediodía, Fen se acercó hasta las oficinas de Safehouse para hacer la entrevista.

David Baker, director de recursos humanos, era un hombre muy agradable, de unos cuarenta años. La recibió en su despacho, una amplia habitación con unas vistas excepcionales sobre Pennington. La entrevista fue breve, pero intensa. El momento más tenso fue cuando le preguntó por qué había dejado de trabajar en Dysart.

-Sentí que era hora de dejar el negocio familiar, de ser independiente -explicó ella.

David Baker no dijo nada al respecto y, después de hacer otras preguntas, le comentó el salario y las condiciones generales del trabajo. Antes de despedirse, le informó que la llamarían en un par de días para comunicarle el resultado de la entrevista.

Ella volvió a casa deseando que fuera jueves para poder volver a ver a Joe. Lo echaba mucho de menos. Era increíble, hacía tan solo unas semanas que lo conocía y ya no se podía imaginar la vida sin él.

Capítulo 7

Mientras Joe estaba fuera, los días pasaron despacio, como Fen había imaginado. Por las noches, ella se iba a la cana feliz, después de que Joe le dijera por teléfono lo mucho que la echaba de menos.

No había recibido respuesta de Safehouse. Estaba segura de que aquello significaba que no había conseguido el trabajo. Probablemente Adam se había negado a proporcionarles las referencias. Le daban ganas de ir a Dysart y enfrentarse a él personalmente, pero el sentido común le decía que posiblemente él no estaría solo. No quería montar un número delante de los empleados. Entonces decidió tranquilizarse y llamarlo por teléfono,

-Oficina del señor Dysart, ¿en qué puedo ayudarla? -dijo una voz desconocida al otro lado del teléfono.

-¿Podría hablar con el señor Dysart, por favor? –dijo Fen un tanto desconcertada.

-Lo siento, pero ahora mismo no está. Volverá más tarde, ¿quiere dejarle un mensaje?

¿Podría decirle que Fenella Dysart quiere verlo? Quizá podría concertarme una cita.

-Muy bien, si quiere darme su teléfono, la llamaré en cuanto haya hablado con él.

Después de aquello se fue a dar una vuelta. Ya era jueves y decidió comprar algo de comida en caso de que Joe llegara a tiempo para cenar.

Por la noche, se dio un baño caliente, se lavó el pelo y pasó un buen rato secándoselo antes de vestirse. Se puso unos pantalones blancos muy ajustados y un top rojo. Luego, sin nada más que hacer, se sentó en la mesa de la cocina con un café intentando leer un libro, impaciente porque llegara Joe cuanto antes.

Cuando, por fin, escuchó pasos acercándose, su corazón se aceleró, tiró el libro y se levantó corriendo a abrir la puerta. Pero su sonrisa radiante de bienvenida se borró bruscamente de su rostro al ver a Adam Dysart.

-¿Querías verme, Fenny? -dijo él sonriendo irónicamente-. Pensé que esta vez tendría más suerte si llamaba a esta puerta.

-Será mejor que pases.

Adam, alto y magnifico con uno de sus trajes hechos a medida, se quedó atónito, mirando sin dar crédito a su alrededor.

-¡Dios mío, Fenny! ¿Por qué? -preguntó él.

-Yo podría preguntarte lo mismo -dijo ella con frialdad.

-¿Qué quieres decir?

-¡Venga! No te hagas el inocente -dijo ella pasándose una mano por el pelo-. ¿Te ha causado mucha satisfacción negarte a dar referencias mías?

Él frunció el ceño.

-Pero no lo he hecho, Fenny. Te refieres al trabajo en esa casa de seguros, ¿verdad? Para tu información, les di unas magnificas referencias. Gabriel dijo que era lo último que podía hacer después de haber hecho que te despidieran del Mitre.

Ella se lo quedó mirando, conocía demasiado bien a Adam para creerlo.

-¿Qué pasa, que aún no te han contestado? -añadió él con algo de compasión.

-No -tuvo que admitir ella.

-Ya te llamarán. Mira, lo del Mitre lo hice a propósito -explicó él.

-¿Qué mal te hacía allí?

-Ninguno, pero no acabo de entender por qué preferías trabajar allí en vez de hacerlo en Dysart y, para decirte la verdad, esperaba que en el caso de que no encontraras ningún otro trabajo, volverías a trabajar conmigo, preferiblemente antes de que papá y mamá volviesen del crucero, para que no se enterasen de lo que ha pasado -dijo suspirando-. Pero cuando la gente de esa compañía de seguros me llamó, me di cuenta de que estaba equivocado.

-¿De verdad pensaste que así volvería a tu lado? -preguntó Fen incrédula.

Adam sonrió amargamente.

-Está bien, lo admito. Me he confundido.

-Y, ¿por qué me ignoraste aquella noche en el Mitre?

-En aquel momento aún estaba muy enfadado contigo. Por el amor de Dios, Fenny, dejemos esto de una vez. Gabriel está sufriendo mucho.

Fen se mordió el labio.

-Yo también me siento mal. Dile a Gabriel lo mucho que siento todo esto, y ahora -dijo señalando la puerta con firmeza-, vete, vete ahora mismo, estoy esperando a alguien.

Adam se quedó inmóvil como una piedra. -Me has dicho que venga y no me voy a ir hasta que todo esté solucionado -dijo haciendo una mueca-. Supongo que esperas a tu nuevo amigo.

-De hecho, ¡es mi amante!

Él se echó a reír.

-¿Me lo dices para preocuparme, Fen? ¿Quién es? ¿A qué se dedica?

-No es asunto tuyo, pero se llama Joe Tregenna y vende seguros.

-Bien por él, pero dime una cosa, Fenny, ¿sabe él que saliste corriendo de un trabajo hecho a tu medida? ¿Que te estás comportando como una niña mimada? Y peor que eso, ¿sabe que nos dejaste, a Gabriel y a mí, increíblemente preocupados cuando recogiste todas tus cosas, desapareciendo sin decir nada a nadie?

Ella alzó la barbilla.

-Tenía que irme antes de que Gabriel abriera la caja de Pandora.

Los ojos de Adam se oscurecieron.

-Nada de esto es culpa de Gabriel.

-¡Lo sé, lo sé!

-Bueno, pues ya era hora de que te dieras cuenta. Has causado mucho dolor a mi mujer, Fenella Dysart.

Ella se desmoronó.

-Siento todo eso, de verdad. Por favor, dile a Gabriel que no le echo la culpa de nada -se recompuso y alzó la cabeza-. La culpa es tuya, Adam, y del resto de la familia por haberme mantenido en la oscuridad toda mi vida. ¿Puedes imaginarte cómo me sentí cuando de pronto me robaron mi identidad?

-Quizá -contestó Adam-. Probablemente de la misma forma que nosotros nos sentimos cuando desapareciste. Menos mal que al final tu amiga Laura nos llamó para decirnos que estabas viva y a salvo.

-Esto no tiene nada que ver con Laura, no tenía ningún derecho a entrometerse, no me quedó más remedio que irme de su apartamento. Luego, acepté el trabajo en el Mitre. Sabía que te molestaría que una Dysart trabajara tras la barra de un bar, aquí mismo en Pennington.

-Tim me llamó para contármelo, menos mal que papá y mamá no te han visto.

Ella parpadeó.

-Eso es lo indignante. Ellos no son mis padres. Hasta hace un mes pensé que yo era su hija y tu hermana. Entonces por pura casualidad me entero de que estoy sola, de que soy una bas...

-¡No te atrevas a decir eso! -gritó Adam interrumpiéndola.

-Deberíais habérmelo dicho.

-Estoy de acuerdo, todos lo estamos -dijo y, de repente, pareció cansado-. Eso era trabajo de papá y mamá, pero todo estalló sin que ellos estuvieran aquí.

-Me dijiste que mi madre era Rachel Dysart, pero ¿quién es mi padre? ¿Llegó alguna vez ha saberlo? ¿Soy el resultado de una noche de borrachera y sexo?

-Ya está bien. No hables de ella de esa manera. Rachel era la única hermana de papá, mi tía, mucho antes de que fuera tu madre. Todos la queríamos mucho. Era guapa, inteligente y muy preocupada por su

trabajo y su carrera. Nunca quiso atarse a ningún hombre hasta que conoció a tu padre y se enamoraron. Tuvieron que mantenerlo en secreto porque él era un hombre casado.

-Quieres decir que tuvieron una aventura -dijo Fen disgustada-, y por supuesto no quisieron ser objeto de escándalo cuando Rachel murió al darme a luz.

Adam la miró con compasión.

-Él nunca supo nada de ti, Fenny. Murió en un accidente de tráfico meses antes de que tú nacieras. Rachel se quedó tan destrozada que no se preocupó ni de su propia salud. Contrajo neumonía y tuvo un parto prematuro. Ni siquiera papá y mamá sabían que estaba embarazada. Corrieron a Londres a un hospital al ver a Rachel tan enferma -Adam apretó los dientes-. Ella vivió lo suficiente para hacerles prometer que se ocuparían de ti. Y así lo hicieron.

Increíblemente emocionada, Fen tragó saliva para disimular.

-Pero incluso así, deberían habérmelo dicho. Todos lo sabían menos yo -dijo enfadada con lágrimas en los ojos-. Tampoco es tan difícil legitimar a alguien hoy en día.

-Ese no es tu caso, papá y mamá te adoptaron legalmente -dijo sonriéndole-. Siempre has sido nuestra, Fenny, desde el primer día.

Ella se quedó parada, pensando en lo que acababa de escuchar.

-Sigues sin decirme quién fue mi padre.

Adam dudó unos instantes, luego la tomó por los hombros.

-Para salvarte de pesadillas innecesarias, Fenny. Él era Richard Savage.

Ella lo miró horrorizada.

-Pero... ¿cómo pudo hacerle algo así a una esposa como Helen? ¡Ella es minusválida! -Piénsalo, ahora tú tienes un amante, como me has dicho; intenta comprenderlo. En los años veinte, Helen sufrió una hemorragia cerebral. Richard la cuidó con cariño y amor, pero fue inevitable que se enamorara de Rachel muchos años después. Ahora debo irme, tengo que regresar a casa. Fenny, ¿vas a volver a Dysart?

-¿Aún me quieres allí? -dijo ella sonándose la nariz.

-Por supuesto que sí -contestó sonriendo.

-¿Quién era la mujer con la que hablé por teléfono?

-Una secretaria temporal que he contratado hasta que decidieras prestar de nuevo tus servicios a Dysart.

-En ese caso, será mejor que vuelva a mi oficina para organizarlo todo antes de que vuelvan nuestros padres -a Fen se le torció el gesto-. ¿O ahora debería llamarlos Frances y Tom?

-Si quieres romperles el corazón, sí -dijo acariciándole la mejilla con un dedo-. Intenta aclararte las ideas, hermanita, mientras tanto le

diré a la señorita Price que su contrato temporal ha terminado. Te espero el próximo lunes por la mañana, pero espero verte antes.

-Gracias -dijo Fen temblorosa-. ¿Cómo están los chicos?

-No dejan de preguntar por ti.

-Fui a veros el domingo -confesó-, pero no estabais en casa.

-Pasamos el día con los padres de Gabriel. No llores, querida, ven conmigo -la abrazó con cariño-. Ya ha pasado, es hora de que vuelvas a casa, Fenny. Todos te echamos mucho de menos.

-Pronto -prometió ella, reticente de estropear el momento contándole sus planes de irse a vivir con Joe-. Dale un cariñoso saludo a Gabriel y un beso a los chicos de mi parte.

Él le zarandeó el pelo, sonriendo como el Adam de siempre, el que siempre la había ayudado en todo.

-Ahora, tengo que marcharme -dijo él acercándose a la puerta y echando un último vistazo a su alrededor-. Esto es un agujero, Fenny.

-Especialmente elegido para hacerte sentir mal por todo lo que me habías hecho -dijo sonriendo con los ojos llorosos-. Gracias por venir, Adam.

-Debería haberlo hecho antes, pero Gabriel insistía en que era mejor esperar para dejar que las cosas se enfriaran -dijo mirando el reloj-. Se me acabó el tiempo.

Después de que se fuera Adam, Fen se quedó un rato sentada en la cocina sintiéndose como si alguien le hubiera quitado una pesada piedra de los hombros. Levantó la mirada cuando escuchó el familiar repique de nudillos en la puerta. Se levantó al vuelo para abrir y allí estaba Joe, con su traje de chaqueta, sonriendo de una manera que impidió que Fen se echara a sus brazos.

-Hola -dijo ella con tristeza mientras él pasaba de largo para entrar en la cocina-. Adam se acaba de ir.

-Lo sé, lo he visto marcharse -dijo inexpresivo.

Ello lo miró confundida. ¿Era todo lo que le iba a decir después de cuatro días sin verla?

-Es una pena que no hayas cerrado bien la ventana -dijo como si nada-, particularmente mientras Adam estaba aquí.

Fen se puso un poco tensa.

-¿Porqué?

Joe sonrió de tal manera que a Fen se le heló la sangre.

-Lo digo porque hubiera llamado a la puerta antes, pero al oír la discusión, me quedé escuchando un rato. Hubiera preferido no haberlo hecho.

Ella se lo quedó mirando cada vez más desalentada.

-A mí también me hubiera gustado que no lo hubieras hecho -dijo

ella después de un incómodo silencio-. Me hubiera gustado contarte yo misma mi patética historia.

Joe se apoyó en la esquina de la mesa, tenía la mirada rígida, ella nunca lo había visto así. -¡Ah! Y, ¿hubiera sido la misma historia?

Fen se sentó bruscamente.

-¿A qué te refieres?

-La naturaleza humana, eso es lo que es -exclamó como si estuvieran discutiendo algún problema abstracto-. Me hubieras contando una historia mucho más suave, presumiblemente omitiendo los insultos a tu propia madre y el hecho de que casi matas de un disgusto a Adam y Gabriel cuando desapareciste sin decir nada -añadió de forma desagradable-. Estoy de acuerdo con Adam, eres una niña mimada.

Fen lo miraba sin dar crédito, se puso de pie.

-Si es eso lo que piensas, puedes marcharte.

-Lo haré, pero necesito saber algo primero -dijo sin dejar de mirarla-. ¿Te arrepientes de haber causado tanto dolor y de las cosas tan horribles que has dicho?

-Sí -contestó con frialdad-. Le he dicho a Adam que eras mi amante y me arrepiento porque no lo eres.

-Lo era hasta que llegué aquí esta noche. He descubierto que la Fenella Dysart que conocía realmente no existe -dijo mirándola fijamente-. Has estado jugando a darme lástima, Adam no tiene nada que ver con un primo cruel y malvado. Es un hermano cariñoso que te quiere lo suficiente como para perdonarte todo. ¿Por qué diablos me mentiste? -añadió bruscamente.

-Yo no te he mentido, simplemente no te conté mi situación, son cosas personales de familia.

-Muy bien, pero quiero saberlo todo, ¿hay mas Dysart?

-Tres hermanas aparte de Adam. Leonie está casada con Jonah Savage... -Fen se detuvo-. ¿Oíste la parte en la que Adam hablaba de mi padre?

-Sí, pero obviamente su nombre no me dice nada.

-Es un poco complicado. Mi hermana Leo está casada con Jonah Savage, el sobrino de Richard Savage, el cual, aunque estuviera casado se enamoró de mi madre y la dejó embarazada de mí. Lo que hace de Jonah mi primo y mi cuñado al mismo tiempo, extraño, ¿verdad?

-¿Alguna otra revelación? -¿Por qué te interesa ahora?

-¿Por qué no? -dijo sonriendo cínicamente-. Creo que en estas circunstancias tengo el derecho de saber las dos partes de la historia.

-No hay dos partes -dijo inexpresiva-. Y no es ninguna historia, es mi vida, pero si quieres detalles sobre los personajes los tendrás. Tom

y Frances Dysart son mis padres. Leonie es la hermana mayor, casada con Jonah. Jess está casada con Lorenzo Forli y viven en Florencia. Ya sabes que Adam está casado con Gabriel y la última es Kate, la más brillante de todos. Trabaja en una empresa farmacéutica con su marido, Alsdair Drummond, y están esperando su primer hijo. El resto tienen un total de ocho hijos. Eso es todo -finalizó Fen-. La dinastía Dysart al completo.

-Toda no -le recordó Joe-, has dejado tu nombre fuera.

-Yo soy la más joven. Soy Dysart por duplicado, por nacimiento y por adopción -dijo sonriendo amargamente-. Mi infancia fue idílica. Mi adolescencia muy normal, nunca tomé drogas, ni siquiera alcohol. Nunca he sido una chica rebelde, hasta hace pocas semanas que Gabriel dijo algo sobre mi nacimiento que hizo que me enfrentara con Adam, el resto ya lo sabes. Necesitaba tiempo para pensar en todo lo que había descubierto. Hice las maletas cuando todos se habían ido a pasar el día fuera. Me marché a casa de mi amiga Laura en Londres, pero fue a la primera persona a quien Adam llamó y ella le dijo que yo estaba allí. Entonces, me volví a Pennington. Alquilé esta horrible casa y empecé a trabajar en el Mitre. Quería castigar a mi familia por... por no ser mi familia.

-Me cuesta sentir lástima por ti. Has jugado conmigo hablándome de lo malo y cruel que era tu primo y de tu falta de amigos, pero en algo fuiste sincera, señorita Dysart. Puedes ser un encanto cuanto quieres.

Como Fen sabía que tenía razón, no discutió con él. Como vio que no tenía ninguna intención de marcharse, le dijo que no había sabido nada de Safehouse.

-Lo que no es culpa de Adam, mandó las referencias en cuanto lo llamaron -le aclaró Fen-. Claramente te olvidaste de hablarles de mí, pero da igual, ya no importa.

-No, no me olvidé de hablarles de ti -dijo él-, te contestarán mañana por la mañana.

De pronto, Fen deseó que se fuera. Tuvo que reprimir el impulso de empujarlo para echarlo de su casa.

-Buenas noches -dijo ella educadamente-. Ahora que sabes la verdad y que he dejado de gustarte, no hay ninguna razón para que te quedes aquí.

-No, no me gustas mucho en este momento -acordó Joe mirándola de arriba abajo con insolencia-, pero aún te deseo -la tomó entre sus brazos y la besó con ferocidad, pero Fen se mantuvo tensa, con la boca cerrada hasta que él la soltó. -Buenas noches -añadió él.

Fen se lo quedó mirando en silencio. Después de un momento, Joe

se dio la vuelta y se marchó. Ella cerró la puerta con llave y, como las piernas le fallaron, tuvo que sentarse. Deseaba marcharse, irse a su verdadera casa. Pero antes había cosas que debía hacer. Por la mañana esperaría el correo, luego entregaría las llaves a la agencia que le alquiló la casa, tiraría la comida que había preparado para cenar, recogería todo y se iría.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, en vez de recibir una carta de Safehouse, recibió una llamada telefónica de la secretaria de David Baker para que fuera a realizar una segunda entrevista el lunes siguiente. Le dieron ganas de decirle que ya no estaba interesada, pero prefirió decírselo a David Baker en persona y así podría intentar ver a Joe de nuevo.

Luego, llamó a la casa de su familia.

-¿Gabriel? -dijo ella con la voz rota.

-¿Fenny? ¡Oh! Fenny, por fin hablo contigo. Casi me pongo a llorar cuando Adam me dijo que viniste el domingo cuando no estábamos. ¿Dónde estás ahora? ¿Cuándo vienes a casa?

-¿Es un mal momento si voy ahora? -preguntó Fen llorando desconsoladamente.

-¡Por supuesto que no! Ven ahora mismo, llamaré a Adam, no, no lo haré... prepararemos algo rico de cena y le daremos una sorpresa -dijo Gabriel emocionada, luego hizo una pausa-. Sabes, Fenny, que no fue mi intención...

-Déjalo, Gabriel, por favor. No es culpa tuya, tenía que saberlo y enterarme de una manera o de otra.

-Sí, pero me hubiera gustado que no hubiese sido por mi culpa.

-Y a mí me hubiera gustado no comportarme como una estúpida niña mimada. Siento enormemente todas las preocupaciones que os he causado. He echado muchísimo de menos a los chicos, ¿cómo están?

Se escuchó el llanto de un niño por el teléfono.

-Como siempre, ya lo oyes -dijo Gabriel riéndose-, ¿estás segura de que quieres volver a casa? -añadió bromeando.

La amabilidad de Gabriel mejoró el humor de Fen. Puso todas sus cosas en el maletero del coche, cerró la puerta de la casa y, suspirando aliviada, condujo hasta la agencia de alquiler. Iría a devolver las llaves y a recoger el depósito que les entregó.

Después de hacerlo, se dirigió a Stavely, intentando quitarse a Joe de la cabeza y concentrándose en la felicidad de volver con su familia. Sus padres volverían pronto de su viaje y estaba deseando verlos. Tom y Frances eran los únicos padres que conocía y se sentía la persona más afortunada del mundo por tenerlos.

En el momento en el que apagó el motor frente a la casa, Gabriel salió de su interior corriendo. Llevaba a Jaime en brazos, Hal y el perro iban tras ella.

-Fenny, Fenny, ¿dónde has estado? -gritó el pequeño Hal-. Ven, vamos a jugar.

-Primero quiero que me des un beso muy grande -dijo poniéndose de rodillas y abrazándolo con fuerza.

Lo soltó para poder abrazar a Gabriel y a Jaime.

-Me alegra que hayas vuelto. Deja tus cosas en el coche, Fenny. Vamos dentro primero, quiero que me cuentes todo sobre ese novio tuyo.

-¿Qué novio? -preguntó Hal.

-Alguien que quiere mucho a Fenny, como nosotros la queremos a ella -dijo su madre. Entraron todos en la cocina. Gabriel colocó a Jaime en su trona, le dio unas galletas y un biberón con zumo. El pequeño Hal se sentó en la mesa con un montón de lápices de colores y un cuaderno de colorear.

-¿Qué vas a hacer con tus padres? ¿Vas a contarles lo sucedido? -le preguntó Gabriel mientras se disponía a preparar café.

-Definitivamente, no quiero más secretos. ¿Te contó Adam algo sobre la casa en la que estaba viviendo?

-Seguro que no era tan horrible como me dijo.

-O incluso peor.

Gabriel miró a sus hijos. El mayor estaba muy entretenido pintando y el pequeño Jaime estaba comiéndose una galleta, feliz simplemente de ver a su hermano.

-¿Quién es ese novio, Fenny? -preguntó Gabriel en voz baja.

-Ya no importa, todo ha terminado -contestó suspirando profundamente.

-Explícate -exclamó su cuñada con los ojos muy abiertos.

-Escuchó por una ventana abierta mi conversación con Adam -Fen le contó brevemente toda su historia con Joe Tregenna-. Se enfadó mucho cuando descubrió que no era una pobre huérfana y que, de hecho, formaba parte de una familia grande y unida.

-¿Estás enamorada de él, Fenny? -preguntó Gabriel con compasión.

-Desgraciadamente, sí, pero me recuperaré -dijo y, respirando profundamente, se levantó de la silla en la que estaba sentada-. Vamos, Hal Dysart, voy a tomar a Jaime y nos vamos afuera a jugar.

-Cuando regreséis la comida estará lista -dijo Gabriel-. Hay algunas postales de tus padres, Adam se olvidó de llevártelas. Han llamado un par de veces, les mentimos diciendo que tu teléfono estaba estropeado y que te habías ido a pasar unos días a Londres con Laura.

Aquella noche, cuando Adam llegó a casa encontró a Fen bañando a sus hijos. Al ver a su hermana se acercó a ella y se dieron un emocionado abrazo.

-Adam -dijo ella con voz temblorosa-, me alegro de estar en casa otra vez, pero creo que ya es hora de independizarme, realmente

pienso que me conviene tener mi propio apartamento.

-Siempre y cuando sea mejor que aquel agujero en Farthing Street -le aseguró él.

-No es que no te quiera aquí -dijo Gabriel desde el marco de la puerta-, pero yo también creo que será bueno para ti.

Fen se fue a la habitación en la que había dormido toda su vida. Se quitó la camisa mojada después, del baño de sus sobrinos y se dio una ducha antes de comprobar su teléfono móvil. No había llamadas perdidas ni ningún mensaje. Se fue al cuarto de los chicos para leerles un cuento de buenas noches. Cuando se quedaron dormidos, bajó las escaleras para encontrarse con Adam.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó Adam nada más verla-. Gabriel me ha dicho que has roto con Tregenna.

-No, él ha roto conmigo. Nos estuvo escuchando ayer por la noche y hay cosas que no le han gustado nada -dijo Fen con una sonrisa triste-. Estoy bien, ya se me pasará.

-Si te ha hecho daño, Fenny, le daré su merecido.

-Muy amable de tu parte, pero no hace falta que hagas nada, ya lo haré yo.

El fin de semana fue para Fen lo más agradable posible, teniendo en cuenta sus circunstancias. Habló con sus hermanas por teléfono. Después de hacerlo, Fen se preguntó cómo había sido capaz de estar tanto tiempo sin hablar con ellas. En realidad eran sus primas, pero en su corazón eran sus queridas hermanas mayores, que siempre le habían echado una mano en los momentos difíciles. Para terminar de hacer las paces con el mundo, llamó a Laura.

-Llamo para pedir disculpas -dijo sin preámbulos y, media hora más tarde, colgó el teléfono sintiéndose mucho más contenta. Habían sido amigas íntimas desde el primer día que fueron al colegio.

El lunes por la mañana, vestida con su mejor traje de chaqueta, se dirigió a las oficinas de Safehouse para su entrevista. Entró en el edificio y la recepcionista la acompañó hasta la puerta del despacho de David Baker, pero pasaron de largo. La señorita golpeó con los nudillos en la siguiente puerta y la abrió.

-La señorita Dysart -anunció la recepcionista. Fen pasó y la señorita cerró la puerta después de marcharse. Una figura alta y familiar se levantó detrás del escritorio al fondo del enorme despacho.

-Buenos días -dijo Joe Tregenna amablemente. Señaló la silla vacía que había frente a su escritorio-, por favor, siéntate.

Fen se movió como si fuera un robot, se sentó y cruzó las piernas.

-Estás sorprendida.

Fen asintió con la cabeza y él sonrió.

-Te prometí que hablaría con David y así lo he hecho, pero le dije que yo te haría la segunda entrevista.

-Ya veo -dijo Fen, aquello obviamente era su venganza.

-No creo que sigas interesada en trabajar aquí. -No, no lo estoy -contestó educadamente. -Entonces, ¿por qué has venido?

-Por curiosidad.

-Incluso sin querer ni necesitar el trabajo.

-Exacto.

Se miraron fijamente durante un rato. Finalmente ella se levantó.

-Bueno, si no hay nada más...

-Siéntate, por favor -le ordenó él con tanta autoridad que ella no pudo hacer nada más que obedecer-. ¿No me vas a preguntar por qué nunca te he contado mi verdadero trabajo?

-Pero sí que lo has hecho. Me dijiste que vendías seguros.

-Sí, esta oficina en Pennington es mía, es una sucursal de la compañía madre que fundamos mis hermanos y yo, hace ya algunos años. Algo que te iba a decir la noche que regresé de viaje, pero después de lo que sucedió preferí no hacerlo.

-Ya veo -dijo ella mirándolo con curiosidad-. ¿Alguna razón especial por no decirme esto desde el primer momento?

-Sí -Joe se recostó en su silla y se relajó-. Mi dinero y mi poder eran las verdaderas razones por las que le gustaba a Melissa y no me ha pasado solo con ella. Por eso decidí ocultarte que era el dueño de una compañía.

-Quieres que te quieran por lo que eres, no por lo que tienes. Pues déjame decirte que todo eso es mentira. En cuanto viste mi casa de Farthing Street te dio miedo que empezase a pedirte dinero si me contabas la verdad.

-Te equivocas -dijo Joe cada vez más tenso-. Lo único que quería era amor.

-No intentes engañarme -dijo ella irritada-, al final lo único que había era sexo -se puso de pie mirándolo con desprecio-. Por cierto, ¿qué dijo el señor Baker de mí? ¿Me dio el trabajo?

-Sí -contestó poniéndose de pie y acercándose a ella-. David me dijo que se quedó muy impresionado contigo, pero la última palabra cuando contratamos a alguien la tengo yo.

-Con lo cual, la respuesta es no.

-Efectivamente, incluso si fueras la pobre huérfana sin amigos que has pretendido ser.

Los ojos de Fen brillaron de enfado.

-¿Por qué me mentiste sobre tu familia? -añadió él.

Ella se encogió de hombros.

-He hecho lo mismo que tú, realmente no he mentido. Además, hasta que no hablé con Adam en Farthing Street no supe toda la verdad. Espero que seas discreto y no se lo cuentes a nadie. Bueno, estoy segura de que eres un hombre muy ocupado. Adiós -dijo dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta.

Joe fue tras ella, cortándole el paso. Para su sorpresa la tomó por los hombros y la besó en la boca durante un instante.

-Adiós, Fen -le dijo mientras la soltaba-. ¿O vuelves a ser Fenny?

Y en vez de pegarle un puñetazo en toda la nariz, que era lo que más deseaba, Fen lo miró fríamente y le sonrió de forma insolente.

-Sí, pero solo para la gente que quiero.

Capítulo 9

Fen confiaba en que se olvidaría de Joe Tregenna cuando comenzó a trabajar en Dysart de nuevo. Había mucho trabajo y se quedaba casi todas las noches hasta tarde. En pocos días se celebraría una subasta muy importante. Cuando llegaba a casa estaba tan cansada que al final conseguía conciliar el sueño.

Ir a Safehouse para aquella inútil entrevista había sido un error. Después de volver a ver a Joe, aquel sentimiento de pérdida irreparable no la abandonaba. Durante el día intentaba disimularlo delante de Adam, Gabriel y de la demás gente, pero por la noche, sola en la cama, era inútil luchar contra aquella angustia.

Lo peor no era haber perdido al amante, era haber perdido a su mejor amigo. Lo echaba terriblemente de menos.

Sus padres iban a llegar, después de haber visitado a Jess y Lorenzo en Florencia, el domingo siguiente. Pasarían unos días en Londres con Leonie y Jonah en Hampsted y luego regresarían definitivamente, lo que significaba que todo tendría que estar preparado para su llegada. Habían aprovechado su estancia en el extranjero para mandar rehabilitar los establos. Una vez terminados se trasladarían a vivir allí. La casa principal se les había quedado muy grande y, además, querían darles a Adam y a Gabriel la intimidad que se merecían. Frances le había dado una lista a su hijo con todo lo que quería que se transfiriera de la casa grande a los nuevos establos.

-Lo mejor sería -empezó a decir Gabriel cuando empezaron a discutir sobre cómo harían la mudanza- poner los muebles en lugares fáciles en los que Frances pueda cambiarlos sin dificultad.

-Cosa que hará -afirmó Adam con certeza-. Colgaremos las cortinas y pondremos algunas cosas para que no parezca una casa vacía, pero ningún cuadro, ni nada por el estilo. Ella querrá decidir personalmente la disposición de todo.

-Tendrá a papá con el martillo en la mano durante días -dijo Fenny sonriendo. Alzó los ojos y vio que Adam intercambiaba la mirada con Gabriel-. ¿Qué?

-Es la primera vez que lo vuelves a llamar papá -le informó Adam.

La sala principal de Dysart, donde se exponía los objetos que se iban a subastar al día siguiente, estaba llena de gente. Fen permaneció sentada ante su escritorio prácticamente toda la mañana, pero, justo antes de la comida, bajó a la sala para ver a la gente y los lotes que atraían más interés. La celebración de una subasta como aquella constaría de tres partes. Primero, Adam subastaría los lotes más

baratos. Luego, los más caros, como un broche de diamantes en forma de búho o un juego georgiano de cajas de plata para guardar el té. Y finalmente, subastarían una buena selección de cuadros.

-Hay mucha gente -dijo Fen a Adam cuando subió a su despacho.

-Esperemos que mañana vengan otra vez todos.

-Por supuesto que lo harán.

-¿Te apetece sentarte conmigo en el estrado mañana? Así te asegurarás de que no me olvido de ninguna puja.

-¡Como si eso fuera a ocurrir! Pero me encantaría, Adam. Gracias por tenerme otra vez aquí.

Al día siguiente había todavía más gente que el día anterior. Fen se puso al lado de Adam. Iba vestida con un traje negro, se había recogido el pelo y se había puesto unos pendientes de perlas.

-Estás muy guapa -murmuró Adam mientras sonreía a la gente.

Empezó la subasta. Fen estaba muy concentrada, pero, después de un rato, se relajó disfrutando del espectáculo. El broche de diamantes se terminó vendiendo por el triple de su estimación. Adam y ella se miraron sonrientes.

-Esperaba que no se vendiese y que me lo regalases por Navidad -susurró ella divertida. -Deja de soñar -bromeó él-, que empezamos con los cuadros.

La subasta se estaba desarrollando estupendamente hasta que Fen vio, entre la gente, a Joe Tregenna. Empezó a pujar por uno de los lotes estrella, llevándoselo finalmente por el doble de lo que esperaban conseguir. Fue entonces cuando Fen no pudo aguantarlo más.

-Adam -susurró Fen-, ¿puedes arreglártelas tú solo? Solamente quedan un par de lotes para finalizar la subasta.

-Sí, por supuesto. Amarga sorpresa ver a Tregenna, ¿verdad?

-Sí, podría haberse ahorrado la visita, pero, por lo menos, se ha dejado mucho dinero.

Fen descendió del estrado y subió a su oficina para ponerse a salvo. Estaba furiosa porque había perdido el control y la había invadido el pánico cuando los ojos cobalto de Joe la miraron insolentes.

Adam se reunió con ella cuando terminó la subasta.

-Yo me voy a quedar un rato -dijo él-, pero tú puedes irte ya, Fenny.

Ella le sonrió agradecida.

-Está bien, jefe, si no te importa. Creo que ha sido un buen día.

-No ha estado mal -dijo con satisfacción-. Luego nos vemos.

Como Adam normalmente se quedaba trabajando hasta más tarde y ella solía hacer otras cosas después de trabajar, cada uno salía de

casa en su propio coche. Salió al aparcamiento de empleados y se encontró a Joe Tregenna apoyado contra su coche.

-¡Hola, Fenny! -dijo él poniéndola furiosa inmediatamente.

Lo miró muy seria.

-Este aparcamiento es privado.

-Mi coche no está aquí.

-Pero tú sí. ¿Te importaría moverte? Me quiero ir a casa.

Cuando Joe no demostró ninguna intención de hacerlo, Fen sacó su teléfono móvil del bolso.

-Si no te mueves, llamaré...

-¿A la policía? -la interrumpió él sonriendo-. Un tanto exagerado, ¿no te parece?

-A Adam, no a la policía -lo corrigió ella crispada-. Me dijo que lo podía avisar cuando quisiera si tú me molestabas.

-¿Por qué querría él hacerme nada? -preguntó Joe con interés-. Hoy me he gastado mucho dinero ahí dentro.

-Por favor, obviamente disfrutas con esto, pero yo no. No me hagas llamar a los de seguridad para que te aparten del coche.

-Pensé que quizá quisieses esto -dijo metiéndose la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacando, para el asombro de Fen, un sujetador negro-. ¿Me equivoco? -preguntó balanceándolo frente a ella-. Creo que es de tu talla si mal no recuerdo, pero podría ser de otra persona.

Como respuesta, Fen empezó a marcar su teléfono, pero Joe se lo arrebató de las manos y lo apagó.

-Esto es entre tú y yo, Fen, nada que ver con tu primo o tu hermano, o como lo quieras llamar.

-Ya no hay nada entre tú y yo -dijo ella muy tensa-. Así que deja de hacer el tonto y márchate.

-Primero -dijo él poniéndose serio-, quiero saber algo.

-¿El qué?

-¿Cuántos años tienes?

Ella lo miró atónita.

-¿Qué interés puede tener mi edad?

-Satisfáceme, por favor.

-Veintidós -contestó ella enfadada.

Joe asintió despacio.

-Supongo que tiene sentido.

-¿A qué te refieres?

Sonrió y ella deseó que no lo hubiera hecho.

-Al síndrome de niña mimada.

-Y tú, ¿cuántos años tienes? -preguntó ella.

-Casi diez años más, pero no mucho más listo -dijo con una media sonrisa-. Si lo hubiera sido, hubiera echado a correr el día en que te conocí.

-Déjame en paz y vete.

Joe se la quedó mirando en silencio y le ofreció el sujetador.

-Es tuyo.

-Lo sé.

-Por si te interesa, es imposible que pertenezca a otra mujer -dijo inexpresivo.

-Pues no, no me interesa -mintió ella. La sola idea de una mujer dejándose ropa interior en su casa la deshacía por dentro.

-Eso era todo -dijo Joe sencillamente.

-Sí, adiós -Fen se acercó a él, pensando que se apartaría, pero no fue así.

En vez de alejarse, Joe la abrazó y la besó con tanta fuerza que ella lo mordió y le hizo una pequeña herida en el labio.

Joe se puso una mano en la boca y ella aprovechó para quitarle el sujetador. Se lo metió en el bolso y sacó un pañuelo de papel.

-Toma, usa esto o te mancharás el traje de sangre.

Joe utilizó el pañuelo mientras veía cómo Fen abría la puerta del coche.

-Estaba equivocado -dijo él bruscamente.

Ella arqueó una ceja.

-¿En qué?

-Vine para comprar algo para mi apartamento y, al mismo tiempo, con curiosidad por verte. Cuando te he visto con ese traje, tan segura, tan contenta contigo misma... -se detuvo un instante y la miró a los ojos-, que es como tienes que estar, Fenella Dysart. Nada más encontrarte me han dado ganas de acercarme y abrazarte.

Fen lo miró incrédula.

-¿Estás seguro de que estás hablando de mí? Recuerda que estás hablando con la niña mimada.

-Lo sé -dijo Joe pasándose la punta de la lengua por el labio-. Seré un idiota, pero todavía te deseo.

-¡Pues lo siento! -exclamó ella metiéndose en el coche y encendiendo el motor.

Salió del aparcamiento a toda prisa estando a punto de colisionar con otro coche. Después, se dirigió a su casa conduciendo al doble de la velocidad habitual.

Tuvo que cambiarse de ropa y jugar un par de horas con sus sobrinos para volver a encontrarse bien.

-Pareces cansada -le dijo Gabriel.

-Hemos tenido un día muy ajetreado -contestó Fen bostezando-. Ha sido todo un éxito para Dysart.

-Y, ¿para ti?

-No. Joe estaba allí.

-¿Cómo?

-Hablaremos luego, es la hora de bañar a los niños.

Durante la cena, que fue más festiva de lo normal porque celebraron el éxito de la subasta, Adam se levantó para contestar al teléfono, que estaba sonando. Volvió a la mesa sonriendo y se quedó mirando a Fen.

-Es para ti.

-¿Quién es?

-Averígualo tú misma.

Como estaba segura de que se trataba de Joe, Fen se levantó de la mesa sin ganas.

-¿Diga? -dijo de forma apática.

-Cariño, ¿cómo estás? -dijo Frances Dysart. Fen dio un salto de alegría.

-¡Mamá! ¡Cuánto te he echado de menos!

Cuando Fen regresó a la mesa, Gabriel se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

-¿No le habrás contado todo a Frances? -le preguntó ella.

-No, todavía no. Pero cuando he oído su voz, me he emocionado -contestó Fen-. Estarán aquí dentro de cuatro días.

-Los establos ya están pintados -dijo Gabriel-, y el ama de llaves ha pasado el aspirador. Después de la cena, Fen se quedó mirando la puesta de sol a través de las ventanas de la cocina.

-Me voy a ir a dar un paseo con el perro -dijo en voz alta antes de salir por la puerta.

Era estupendo estar de vuelta en casa, pero después de vivir sola, le estaba costando un poco el hecho de estar constantemente acompañada de gente. Además, tampoco era justo para Adam y Gabriel. Los niños ya eran mayores y necesitaban su espacio. Ya era hora de que se buscase un

apartamento en Pennington. Sus hermanas se habían independizado con la misma edad que tenía Fen en aquel momento. Era tiempo de abandonar el nido.

Cuando regresó a la casa, le dio al perro un par de galletas, rellenó su cuenco de agua y se acercó al salón para dar las buenas noches.

-¿Tan pronto? -exclamó Adam-. ¿No te irás a tu cuarto a llorar sobre la almohada?

-No, me voy a tumbar en mi cama a ver un poco la televisión y así

os dejaré un rato solos. -No hace falta... -empezó a decir Gabriel, luego sonrió-. Quizá seas tú la que necesites que nosotros te dejemos un rato sola.

-Baja si te aburres -le dijo Adam.

-Lo haré -prometió Fen.

Una hora más tarde, Fen estaba metida en la cama intentando concentrarse viendo una película, cuando Gabriel entró en su cuarto apresuradamente. Llevaba en la mano un teléfono inalámbrico y un trozo de papel.

-Tu querido señor Tregenna quiere que lo llames a este teléfono. Parece que es urgente.

-No tengo ninguna intención de llamar a Joe -dijo ella saliendo de la cama.

Gabriel sonrió y se marchó cerrando la puerta con cuidado tras ella.

Fen se quedó mirando el trozo de papel cuando el teléfono empezó a sonar.

-No me cuelgues, Fen -dijo Joe.

-¿Qué quieres? -preguntó ella con brusquedad.

-Verte.

-¿Para qué?

-Para pedirte perdón por mi comportamiento de hoy.

-No hace falta que me veas para hacer eso.

-Quiero devolverte algo.

-Si se trata de más ropa interior, te la puedes quedar como recuerdo.

-Tengo tu teléfono, como te fuiste tan aprisa no me dio tiempo a dártelo.

-Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había perdido. Ahora entiendo cómo has conseguido este teléfono.

-¿Cuándo podemos quedar?

-No hace falta que quedemos. Puedes llevar el teléfono a Dysart y dejarlo en recepción.

-Preferiría dártelo en persona.

Fen lo hizo esperar un rato.

-Bueno, está bien -dijo ella finalmente.

-Te invito a comer mañana...

-No, no hace falta. Te veré un minuto a la hora de la comida. A la una en punto en el parque, bajo la estatua de la Reina Victoria.

-¿Qué parque?

-El Parque Victoria, por supuesto. Sé puntual porque no te voy a esperar.

-Te lo prometo.

Fen colgó el teléfono y se fue al salón a devolverlo.

-¿Qué quería? -preguntó Adam.

-Tiene mi móvil -Fen se sentó y les explicó lo sucedido en el aparcamiento con Joe.

-Tenías que haber visto a Fenny cuando vio a ese tipo -le contó Adam a su mujer-, se puso blanca.

-Los dos trabajamos en la misma ciudad -dijo Fen-, me lo voy a volver a encontrar, pero la próxima vez, me comportaré como una adulta. Por cierto, la próxima vez será mañana, en el Parque Victoria.

-Iré contigo... -dijo Adam frunciendo el ceño.

-No, no lo harás -lo interrumpió Gabriel-. Deja que lo solucione ella sola.

Un poco antes de la una, Fen salió de la casa de subastas y se dirigió al parque. Por la mañana había elegido con mucho cuidado la falda recta, la camisa sin mangas y las sandalias planas que llevaba puestas. Antes de salir, se había colocado una rebeca de punto sobre los hombros. Miró su reloj mientras se acercaba a la estatua. Joe estaba apoyado en ella, se había quitado la chaqueta del traje y, agarrada con la mano, la llevaba sobre el hombro. En la otra mano tenía una bolsa de papel marrón. Le estaba sonriendo.

-Pareces una colegiala con esa ropa -dijo nada más verla.

-¿Eres de los que fantasean con ese tipo de cosas? -preguntó ella.

-No, por supuesto que no -contestó, entonces respiró profundamente-. Volvamos a empezar. ¡Hola, Fen!

-Hola. ¿Tienes mi teléfono?

-No tan rápido, demos un paseo.

-No tengo mucho tiempo.

Él levantó una ceja con ironía.

-Dudo mucho que Adam te rebaje el sueldo si llegas tarde de la comida.

-Claro que no. Pero eso no significa que me quede contigo -le informó ella.

-¿Por qué no? -preguntó él.

-Porque ya no somos amigos -aclaró.

Joe la miró a los ojos.

-Cosa que lamento enormemente.

Ella también lo lamentaba. No había otra cosa que deseara más que pasear por el parque junto a Joe. Se dirigieron en silencio por un camino poco transitado que conducía a la orilla del río.

-No debería haberlo hecho -dijo finalmente Joe.

-¿Haber hecho qué?

-Organizar la segunda entrevista para poder resarcirme, pero, francamente, nunca pensé que aparecerías.

-Fui simplemente con la esperanza de poder verte y así poder ignorarte -dijo ella con franqueza-. Tenía pensado decirle a David Barker que había conseguido otro trabajo.

-Sentémonos a la sombra -sugirió Joe-. ¿Qué te parece aquel árbol?

-Muy bien, conozco este lugar. Laura y yo solíamos venir aquí a comer los domingos.

Joe puso su chaqueta en el césped.

-Siéntate sobre ella -dijo amablemente.

-¿Estás loco? Se echaría a perder. Mi falda podrá soportarlo, además, la tierra está seca -dijo sentándose con las piernas estiradas y cruzadas.

-He traído algo de comer -dijo Joe ofreciéndole la bolsa de papel marrón mientras se sentaba a su lado.

Ella lo miró con sorpresa.

-¿Qué has comprado?

-Mira a ver.

Fen sacó dos paquetes de bocadillos.

-¡Son iguales a los que comimos en la playa! --exclamó con voz ronca.

-No ha sido nada fácil encontrarlos -le aseguró él-. Parece que esta vez se me ha olvidado traer servilletas.

Fen sacó unos pañuelos de papel de su bolso.

-Eres una chica con recursos -añadió cariñosamente-: Pareces cansada, ¿Adam te hace trabajar duro?

-No, pero en Dysart estamos muy ocupados. Ahora es la temporada de subastas.

Terminaron los bocadillos y Fen se limpió meticulosamente la boca y las manos. Giró la cabeza y se encontró a Joe mirándola fijamente, sus rostros estaban a escasos centímetros.

-No te preocupes -dijo él suavemente-, no voy a volver a besarte; además, estamos en un sitio público...

-Es una pena que ayer no te dieras cuenta de eso mismo en el aparcamiento -le contestó ella.

-Además, mi labio está demasiado inflamado para besar a nadie, a menos... -hizo una pausa y bajó el tono de su voz-, que tú quieras besarme a mí.

-Realmente, no -mintió ella.

-Una pena -hizo una pausa y cambió radicalmente de tema-. Ya has asumido la información que te dio Adam sobre tu familia.

-Más o menos, aunque no me apetece decirles a mis padres que me

he enterado de todo y, sobre todo, confesar lo que pasó después.

-¿Vas a hablarles sobre mí? -preguntó Joe sorprendiendo a Fen.

-No creo que haga falta. En cuanto te enteraste de quién era la verdadera Fenella Dysart, saliste corriendo.

Joe sacudió la cabeza.

-Eso no es así.

-Sí, sí lo es. No vas a tener otra oportunidad para hacerme daño -con un pequeño movimiento ella se puso de pie-. Es hora de que vuelva al trabajo.

Joe también se puso de pie.

-Te acompañaré.

-No hace falta.

-No quiero que andes sola por esta parte del parque aunque sea a pleno día.

-Ya no necesito a nadie que me vigile, Joe. Además, nunca lo he necesitado.

Él apretó la mandíbula.

-¿Eso significa que debería haber pasado de largo la noche en que te conocí?

-No -dijo ella con sinceridad-, me alegro de que no lo hicieras, incluso aunque todo haya terminado en lágrimas. Por eso, esta vez, despidámonos amigablemente. Gracias por la comida.

-De nada, deja que te acompañe, por favor. Ella accedió, la verdad era que no tenía ninguna prisa en despedirse de él, pero se arrepintió de haberlo hecho cuando llegaron hasta la puerta de Dysart y, en aquel preciso momento, Adam salió y apareció ante ellos.

-¡Hola! -los saludó sorprendido-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Acompañando a tu hermana -contestó Joe seriamente.

-Se lo he preguntado a Fenny -apuntó Adam-. Se supone que tenías la tarde libre.

Fen se ruborizó tanto que ambos hombres se la quedaron mirando fijamente.

-Pensé que tenías prisa por volver al trabajo -le dijo Joe.

-Yo no la obligo a fichar cuando entra y cuando sale -dijo Adam cortante. Miró su reloj-. Me tengo que ir, tengo una cita en Cirencester. Vete a casa, Fenny. Descansa para el fin de semana -saludó levemente con la cabeza a Joe y se marchó.

Se quedaron callados un rato.

-¿Qué pasa este fin de semana? -preguntó finalmente Joe.

-Tenemos que terminar de preparar todo antes de que vengan mis padres de viaje, por eso me había tomado la tarde libre.

-Bueno, si vas a escabullirte del trabajo, yo también lo haré -le dijo

dándole el teléfono móvil. Se la quedó mirando de tal manera que a Fen se le paró el corazón un instante-. ¿Vienes a casa conmigo un rato? Solo para tomar un té -añadió-. Nada de amor por la tarde.

-¿Amor? -preguntó Fen-. Llama a las cosas por su nombre, señor Tregenna, lo nuestro era solamente puro sexo.

Capítulo 10

Comer con Joe en el parque echó a perder todos los esfuerzos de Fen de recuperarse. Media hora en su compañía fue suficiente para que ella se diera cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Estuvo a punto de aceptar la invitación de ir a su casa a tomar el té, pero su sentido común se lo impidió.

El domingo por la noche los establos ya estaban listos. Se habían pasado todo el fin de semana trasladando, desde la casa grande, todos los muebles que Frances había escrito en su lista.

-Probablemente se pasarán días moviendo los muebles de sitio hasta quedar satisfechos -dijo Adam bostezando.

Fen se fue a la cama muy cansada después del duro fin de semana. Estuvo pensando que tan solo unas semanas atrás ni sabía nada de su pasado ni había conocido a Joe. Suspiró. Aquello había cambiado su vida radicalmente.

Durante los días siguientes, Fen se obligó a sí misma a rechazar cualquier pensamiento sobre Joe para que no se viera perturbada la felicidad que sentía por volver a ver a sus padres. El día en que llegaron, planeó irse pronto de la oficina para tener tiempo suficiente de cambiarse y de arreglarse un poco. Así estaría lista para poder recibirlos en cuanto el coche asomara por la calle. Pero para su disgusto, Adam la retuvo hasta tarde como ya iba siendo habitual.

-No te preocupes, llegaremos a casa a tiempo para poder recibirlos -le dijo Adam.

Cuando llegaron a la casa, Fen pudo ver dos coches aparcados frente a ella. Un hombre de pelo cano estaba de pie, junto a la puerta.

-¡Papá! -gritó Fen saliendo del coche y corriendo hasta él para abrazarlo.

-¡Fenny, cariño! -dijo Frances acercándose a ellos.

Fen se abalanzó sobre ella y le dio un beso al tiempo que la abrazaba.

-Mírate -exclamó su madre-. Obviamente Adam te está haciendo trabajar duro...

-Sabía que dirías eso -dijo su hijo acercándose y dándoles un beso-. ¿Qué tal lo habéis pasado?

-Estupendamente -contestó Tom Dysart-. ¿Qué tal van los negocios?

-Ni hablar -los interrumpió Frances-. Esta noche no se habla de negocios, estamos de celebración.

Fen tomó aire profundamente.

-Primero, tengo algo que deciros.

-¡Hola Fenny! Llegas tarde -la interrumpió Leonie Savage corriendo hacia ella para darle un beso.

-¡Leo! -gritó Fen con alegría abrazando a su hermana.

Detrás de Leonie había un hombre esperando a abrazarla también.

-No te preocupes, princesa -susurró Jonah Savage en el oído de Fen.

Tuvo que soltarla porque el pequeño Hal estaba impaciente por conseguir la atención de Fen.

-Perdona, Hal -se disculpó Fen tomando la mano del pequeño y preguntándole qué tal le había ido el día.

Luego, volvió con su madre, que estaba morena y descansada. Se había cortado el pelo muy corto.

-¡Qué moderna! -le dijo Fenny.

-Me lo he hecho en Florencia -contestó Frances de camino a la cocina-. Hemos echado un vistazo a los establos. Han quedado estupendamente. Se nota que habéis trabajado duro. No tenemos más que colgar un par de cuadros y reorganizar un poco el sitio de las cosas.

-Te lo dije, Fen -dijo Adam resignado.

Fen se fue a darse una ducha rápida y a cambiarse de ropa. Cuando volvió a bajar para reunirse con todos, se llevó una gran sorpresa al ver a su hermana Kate con su enorme marido.

-Me alegro de verte -le dijo a Kate dándole un beso-, y a ti también, Alasdair.

Alasdair Drummond le dio un beso en la mejilla.

-Solo faltan Jess y Lorenzo -dijo Fen.

-Sí, cariño -dijo su madre-. Han querido estar aquí, pero Marco se puso enfermo. De todos modos, Jess te manda recuerdos, la verás en las vacaciones.

Pasaron una velada animada y ruidosa. Cuando llegó el momento del postre y los quesos, los más pequeños se habían dormido en brazos de sus abuelos. Adam los subió a la cama. Fen sabía que el momento de hablar con sus padres se estaba acercando y sintió un hormigueo creciente en su estómago. Cuando terminaron de cenar, se prestó voluntaria para hacer el café, con lo cual pudo demorar el fatal momento un poco más.

-¿Te echo una mano, Fenny? -le preguntó Jonah entrando en la cocina.

-Ya está todo. Si quieres lleva la bandeja, yo cargaré con el resto -dijo intentando sonreír. -Anímate, princesa -dijo él mientras la seguía al salón-. Todos estamos aquí para apoyarte. Todos tomaron el café

mientras charlaban y reían. Fen rellenó las tazas por segunda vez y volvió a sentarse, preguntándose si sería mejor quedarse a solas con sus padres para hablar con ellos o hacerlo allí delante de todos.

-Frances, Tom -dijo Gabriel a modo de introducción-. Tengo una confesión que haceros. Me temo que hice algo terrible mientras vosotros estabais de viaje, solo espero que podáis perdonarme -les empezó a contar cómo, sin darse cuenta, había revelado a Fen la verdad sobre su nacimiento.

Casi inmediatamente, Fen la interrumpió mirando a sus padres desesperada.

-Fui yo la que hice algo terrible, no Gabriel. Sé que no te gustan las escenas, Kate, así que, por favor, no te enfades, pero tengo que hacer esto -acto seguido empezó a contar todo lo sucedido.

Sus padres la escucharon con atención, solamente interrumpida por alguna exclamación por parte de Francés. Fen les agradeció que la dejasen hablar, pero cuando vio lágrimas en los ojos de su madre, cruzó la habitación para arrojarse a sus brazos.

-No te eches la culpa -le dijo Tom Dysart a Gabriel cuando las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas-. La culpa es nuestra. Deberíamos haberle dicho la verdad hace años a Fenny.

Francés asintió mientras se sonaba y se secaba las lágrimas.

-Te llamamos Fenella por expreso deseo de Rachel, pero siempre te hemos considerado como una hija más.

Fen se la quedó mirando sorprendida.

-¿Rachel eligió mi nombre?

-Sí, cariño -Francés le dio un pañuelo de papel-. Suénate.

-De todos modos, Fen -empezó a decir Alasdir sonriendo, para aligerar un poco el ambiente-, me hubiese encantado verte subida a aquel piano cantando canciones de amor.

-A mí también -apuntó Kate con entusiasmo. Adam se relajó cuando vio asomar una sonrisa en el rostro de su madre.

-Bueno, no lo hizo tan mal, si hubiera sido la hermana de otra persona hubiera disfrutado con el espectáculo -dijo Adam sonriendo.

-La gente me aplaudió mucho -apuntó Fen sentada a los pies de sus padres-. Estaba aterrorizada, solamente lo hice por hacer un favor a tu amigo Tim.

-No pienses que has sido la única que te has escapado, Fenny -intervino Leonie-. Yo también me escapé una vez. Rompí mi compromiso con Jonah y me fui a Italia sin dar explicaciones a nadie.

-¡Farthing Street! -exclamó de pronto Tom Dysart-. ¿Es la calle que está cerca del canal? Pensé que habían tirado aquellas casas hace tiempo.

-Deberían haberlo hecho -dijo Adam sonriendo.

-La casa tampoco estaba tan mal -protestó Fen.

-¡Era un agujero!

-Pero barato -dijo Fen mirando a sus padres-. Hay algo más.

-Dínoslo -dijo Francés con suavidad.

-Aunque era una casa horrible, me gustó la experiencia de vivir sola.

Tom sonrió y miró a su esposa.

-Hemos estado esperando esto desde hace algún tiempo.

-¿De verdad? -exclamó Fen incrédula-. Entonces, ¿no os importa?

-¿Adónde piensas ir? -preguntó Frances con resignación.

-Me gustaría alguna zona de moda en el centro de Pennington, algo que me pueda permitir. -Adam_no te ha contado todo -dijo Tom-. En tu próximo cumpleaños recibirás el dinero que te dejó Rachel. Nos pidió que usásemos algo para tu educación, pero nosotros nunca lo hemos utilizado. Así que está todo, esperándote -él dijo una cifra que dejó muda a Fen momentáneamente-. Con eso podrías comprarte un apartamento.

-Tendrás que tener cuidado, querida -la avisó Kate sonriendo-. Con tu aspecto y tu dinero vas a tener a toda la población masculina de Pennington detrás de ti.

-No te preocupes -le aseguró Fen-. No estoy interesada en los hombres.

-¿Por qué? -preguntó su madre frunciendo el cejo.

-Trabajar en un bar me ha alejado de algunas especies -Fen sonrió-, exceptuando la presente compañía, claro.

La reunión terminó con besos y abrazos de despedida. Kate y Alasdair se fueron en coche a su casa de Gloucester. Jonah, antes de irse con su mujer, se acercó a Fen.

-Mi tío era un hombre que te hubiera gustado mucho, Fenny. Intenta no echarle la culpa a ninguno de los dos, ni a Richard ni a Rachel.

-Ya no lo hago.

-Buena chica -dijo Jonah sacando un sobre del bolsillo de su chaqueta-. Esto es algo que pensé que te gustaría tener. Ábrelo cuando estés sola -añadió antes de que su mujer se acercara.- ¿Estás lista, cariño?

-Lista -le aseguró ella.

Una vez que todos se fueron, Frances y Tom se prepararon para irse a los nuevos establos a pasar la noche.

-Pareces cansada, cariño -dijo Frances mirando a Fen de cerca-. Vete ya a la cama.

Fen se despidió de ellos con un beso y se fue a la privacidad de su dormitorio a abrir el sobre que Jonah le había dado. Encontró en su interior dos fotografías. Fen conocía a una joven Rachel gracias a una foto que descansaba, dentro de un marco de plata, sobre el escritorio de su padre, pero la imagen que tenía en su mano había sido tomada mucho después, probablemente correspondía a la época en la que conoció a Richard Savage. Era alta, rubia, con ojos vivos e inteligentes. El parecido entre Rachel y su hermano Tom era evidente. Fen se quedó mirando aquella foto durante un rato antes de pasar a la siguiente y, por un momento, pensó que Jonah le había dado una foto de él mismo. Luego, con sorpresa, se dio cuenta de que aquel hombre elegante y moreno era Richard Savage.

-No me extraña que Rachel se enamorara de ti -le dijo Fen a la fotografía.

A la mañana siguiente, Fen terminó de desayunar cuando Adam y Gabriel aparecieron. -Buenos días, ¿y los chicos? No los he oído.

-Aún están dormidos, anoche quedaron agotados -dijo Adam asintiendo.

-¿Cómo te encuentras? -le preguntó Gabriel-. ¿Has podido dormir después de lo de ayer?

-Sí, creo que hablar las cosas me ha relajado el espíritu. He dormido de un tirón.

-En ese caso -empezó a decir Adam dándole un manojo de llaves-, ¿le harías un favor a tu querido y viejo hermano? ¿Podrías adelantarte e ir abriendo Dysart? Me gustaría, por una vez, desayunar tranquilamente con mi mujercita, pero no te preocupes, no tardaré mucho.

Fen se puso de pie de un salto.

-No te preocupes, jefe. Diles a papá y mamá que los veré luego.

Cuando llegó a Dysart, se fue directa a su pequeño despacho. Colgó su chaqueta y se quedó mirando por la ventana un instante. El cielo estaba nublado, pero su estado de ánimo era bueno, mucho mejor que el de últimamente. Los problemas familiares ya estaban resueltos, lo único que tenía que hacer en aquel momento era sacar a Joe Tregenna de su cabeza. Suspiró. Se dio la vuelta al oír que le traían el correo.

-Gracias, Colin. -De nada.

Se sentó en su escritorio y se puso a trabajar. La siguiente persona que apareció fue Reg Parker, llevaba trabajando allí hacía años.

-¿Adam se encuentra bien? -le preguntó.

-Perfectamente, ahora vendrá.

Cuando Adam apareció por la oficina, venía cargando con un inmenso ramo de exquisitas rosas blancas.

-¡Gracias, jefe! -exclamó Fen con una amplia sonrisa-. ¿Se puede saber qué he hecho para merecer esto?

-Yo también me lo he preguntado cuando me las ha dado la recepcionista. Supongo que son de tu ex novio.

Fen tomó el pequeño sobre que acompañaba a las flores, lo abrió y asintió con la cabeza.

-¿Quieres saber lo que pone? -dijo Fen.

-Puedes apostarlo.

Ella se levantó y le dio la pequeña tarjeta. Él la leyó.

-No entiendo muy bien lo que dice, pero ¿vas a hacer lo que te pide? -preguntó su hermano.

Ella se quedó pensativa.

-No estoy segura -contestó. Recuperó la tarjeta y la leyó de nuevo:

No lo era. Ven al parque a la una. Adam miró por la ventana.

-Parece que va a llover, es una pena que dejes que se moje.

-Pensé que Joe no te gustaba -comentó Fen sorprendida.

-Solo porque te ha hecho infeliz, pero obviamente quiere arreglar las cosas. Si lo quieres, Fenny, ve por él.

Ella dobló la tarjeta.

-Me está dando ordenes y no me gusta, con o sin rosas.

Fen colocó las flores en un florero que había en su oficina y, para sorpresa de Adam, las colocó encima de un archivador, presidiendo la habitación y, de tal manera, que cada vez que Fen levantara la vista del ordenador, las vería.

Capítulo 11

El orgullo fue el responsable de que Fen no fuera al parque a encontrarse con Joe, pero el perfume de las rosas era tan intenso que cuando finalmente el sol salió y el cielo se despejó, desistió de intentar concentrarse, se levantó y se fue en busca de Adam.

-Son solamente las doce y media y no estoy muy ocupada. ¿Puedo tomarme más tiempo de lo normal a la hora de comer? -le preguntó a Adam cuando lo encontró.

-¿Vas a ir al parque?

-Ni hablar, ya te lo he dicho. Simplemente necesito un poco de aire fresco, creo que voy a ir a correr.

-Muy bien, luego te veo.

Fen regresó a su despacho y se puso ropa de deporte, sus zapatillas de correr y un chubasquero por encima. Se metió en el coche y condujo hasta el sitio en el que siempre solía correr, a la orilla del río.

Mientras hacía ejercicio sonrió ligeramente al imaginarse a Joe esperándola en vano en el parque, como un colegial esperando a su novia.

Sobre las dos y media regresó a la oficina para encontrarse a Adam esperándola como un león enjaulado.

-¿Dónde diablos has estado? -le preguntó furioso-. Estás empapada.

-Lo siento, se ha puesto a llover de nuevo, pero me ha sentado muy bien estirar un poco las piernas. Si me das cinco minutos, me cambiaré y estaré lista para lo que sea -se lo quedó mirando-. ¿Qué sucede?

-Estaba preocupado -gritó para la sorpresa de Fen.

-¿Porqué?

-Tregenna vino hace una hora, empapado y gritando. Exigía verte y hablar contigo.

-¿De verdad? -exclamó atónita.

-Sí, de verdad. Cuando le dije que te habías ido a correr a la orilla del río, se puso como loco. Los ojos de Fen brillaron con intensidad. -¿Pero a él qué le importa si tú me das tiempo libre?

-No, a él lo que lo enfurecía era que te hubieras ido sola, por si te pasaba algo. Yo le dije que siempre ibas a correr al mismo sitio, pero él me contestó que, me gustase o no, él siempre se preocuparía por ti, entonces se marchó a buscarte. Cuando me quedé solo, yo también empecé a preocuparme. Ya me estaba imaginado que te habían atracado, asaltado o Dios sabe qué.

Fen fue a cambiarse de ropa. Si Joe aún se preocupaba por ella, sería mejor que se arreglara y se maquillara bien porque

probablemente aparecería de nuevo en la oficina.

Adam sugirió que llamara a Joe para hacerle saber que se encontraba sana y salva.

-Sí, tienes razón. Lo haré ahora -le dijo a su hermano.

Su teléfono móvil no estaba operativo. Entonces Fen llamó a Safehouse, pero allí le dijeron que se había tomado el día libre. No le quedó más remedio que llamar a su apartamento, pero cuando la voz de su contestador automático le dijo que dejara un mensaje, ella colgó el teléfono. Resignada, volvió a su trabajo.

Para su decepción, Joe no apareció por Dysart en toda la tarde. Tampoco la estaba esperando en el aparcamiento. Al regresar a casa se animó un poco al ver a su madre y a sus sobrinos.

Luego, por la noche, Fen intentó volver a localizar a Joe, pero obtuvo el mismo resultado que anteriormente. Un tanto desanimada se sentó con sus padres, antes de cenar, a ver las noticias de la televisión.

-Un hombre ha sido atacado, robado y abandonado inconsciente junto al río de Pennington en la mañana de hoy -dijo el presentador del telediario-. La víctima se trata de un hombre moreno, de unos treinta años, vestido con ropa muy cara. La policía ruega a cualquiera que pueda tener información que llame al...

-¿Fenny? -exclamó Tom Dysart mientras su hija se ponía de pie-. ¿Qué pasa?

-Ahí es donde he estado corriendo esta mañana.

-Pues no vuelvas a ir, búscate un lugar más seguro.

-Tengo que llamar a la policía -dijo Fen agonizando de impaciencia-. Creo que puedo conocer a la víctima de la que han hablado.

Después de haber conseguido hablar con el encargado del caso, Fen dijo a sus padres lo que iba a hacer.

-La policía me ha dicho que tengo que ir al Hospital General a intentar identificarlo.

-Pero, ¿quién es? -preguntó su padre preocupado.

-Alguien que he conocido hace poco, vosotros no sabéis quién es.

-Iré contigo -dijo Tom levantándose.

-No hace falta, solamente iré al hospital y volveré, además, quizá no sea el hombre que yo conozco.

Tom suspiró.

-Está bien -dijo.

Cinco minutos más tarde, Fen mino al centro de Pennington.

-Todavía está inconsciente, señorita -le dijo el policía mientras se acercaban hasta el cubículo donde estaba la víctima-. Debo advertirle que la persona en cuestión no tiene muy buen aspecto.

Fen tomó aire profundamente mientras el policía descorría la cortinilla que aislaba la cama de las demás. El hombre allí tumbado estaba pálido, con la cara llena de contusiones y de heridas con puntos de sutura, pero Fen lo hubiera besado con alivio, porque no se trataba de Joe Tregenna.

Se giró hacia el policía, negando con la cabeza.

-Lo siento, no he visto a este hombre en mi vida. ¿Qué tal está?

-Muy mal. Le robaron todo, por eso no sabemos su nombre.

Cuando abandonó el hospital, Fen llamó a su padre para informarlo de lo sucedido y para decirle que iría a casa más tarde. Se metió en el coche y se dirigió al apartamento de Joe. Suspiró aliviada cuando vio su coche aparcado en la puerta. Aparcó el suyo, se bajó y llamó a la puerta del portero automático. Cuando escuchó la voz familiar preguntando quién era, ella contestó.

-Soy Fen, ¿puedo subir?

Se hizo un silencio hasta que la puerta se abrió. Ella entró en el portal y se quedó sin respiración al ver a Joe en lo alto de la escalera.

-¡Qué estupenda sorpresa! -dijo él con sarcasmo-. ¿Pasabas por aquí, quizá?

-No -contestó ella mientras subía los escalones-. He estado en el centro y pensé venir a darte las gracias en persona por las flores.

-Ya veo -dijo cuando estuvieron dentro del apartamento-. ¿Quieres sentarte o tienes prisa?

-No, no tengo prisa.

-¿Algo de beber? -dijo educadamente.

-Café, gracias.

Joe asintió y desapareció.

Fen no esperaba que la fuese a recibir con los brazos abiertos, después de haberlo dejado solo bajo la lluvia; se había figurado que estaría furioso y enfadado, pero la indiferencia que había mostrado al verla dejó a Fen un tanto confusa y desorientada.

Cuando Joe regresó se mantuvo en silencio mientras colocaba el café junto a ella.

-Gracias -dijo Fen en voz baja acomodándose en el sofá. Joe se sentó frente a ella-. Adam me ha dicho que hoy has estado en las oficinas de Dysart.

-Sí, después de esperar bajo la lluvia, estaba tan enfadado que fui a preguntarte por qué no habías tenido la cortesía de avisarme por teléfono que no irías al parque. Supongo que te has divertido imaginando cómo me empapaba mientras te esperaba.

-Pues sí y mucho -admitió ella dando un sorbo a su café.

-Supongo que ya estás de nuevo arropada por el cariño de tu

familia.

-Sí, cuando llegaron mis padres me disculpé como pude por mi comportamiento, pero como sigo siendo su hija, mimada, pero su hija, me quieren y me perdonaron.

-¿Me has mencionado?

-No.

-¿Porqué?

Fen terminó su café y devolvió la taza a la bandeja.

-Me dejaste, ¿recuerdas? No me he molestado en contarles nuestra pequeña aventura.

La boca de Joe se tensó.

-¿Es eso lo que piensas?

-Bueno, no pienso en ello en absoluto -mintió ella-. Gracias por el café, ahora debo irme.

Él sacudió la cabeza.

-No sin que antes me digas por qué has venido. Si solamente ha sido para agradecerme las flores, ¿por qué no lo has hecho por teléfono?

-Te he llamado, pero tenías el móvil desconectado.

-Podías haberme llamado aquí.

-Pero no estabas.

-Podías haber dejado un mensaje.

-Ahora hubiera deseado haberlo hecho -le aseguró ella irritada-. Ya es tarde -añadió mirando el reloj.

-No son ni las nueve -apuntó Joe-. ¿Has quedado con alguien?

-¿Así vestida? No.

Los ojos de Joe recorrieron los pantalones vaqueros y la sudadera que Fen llevaba puesta. -Entonces, ¿qué estabas haciendo en la calle a estas horas?

-He tenido que ir al hospital.

-¿Por qué? ¿Te encuentras bien?

Fen le explicó lo que había visto en las noticias y su posterior visita al hospital.

-¿Tienes idea de lo preocupado que estaba cuando no he podido encontrarte al mediodía? Te estuve buscando bajo la lluvia como un loco, me mojé tanto que hasta se me empapó el móvil, que por cierto se ha roto, por eso no pudiste localizarme a través de él. Cuando volví a llamar a tu oficina y me dijeron que ya habías vuelto, me enfadé tanto que no quise hablar contigo y me fui a casa. Pero por el amor de Dios, Fen, elige otro lugar para ir a correr, fíjate lo que le ha pasado a ese hombre.

-Tienes razón, mi padre también me lo ha pedido. Se ha quedado

muy preocupado con lo que ha pasado.

-¿Estás contenta de volver a vivir en casa?

-Sí y no -contestó ella suspirando-. No me malinterpretes, estoy feliz con ellos, pero me he acostumbrado a vivir sola. Ya les he contado mis intenciones de mudarme y lo han entendido, mis hermanas hicieron lo mismo en su día.

-¿Ya has pensado dónde quieres vivir? -Quiero comprarme un apartamento en el centro. Mi madre biológica me dejó una suma muy interesante de dinero que recibiré el día de mi cumpleaños.

-Es decir, ya no eres una chica sola y pobre. ¿Quieres ver el cuadro que compré en Dysart? -dijo cambiando de tema-. No te preocupes, no está en mi dormitorio y por cierto, mantengo lo que dije.

-¿Qué quieres decir?

-Me refiero a lo que escribí en la tarjeta que mandé con las rosas.

-¿Ordenándome que fuera al parque?

-Había algo escrito delante de eso.

-Lo sé, pero no lo entendí.

Joe se acercó a ella.

-Te estaba contestando a lo que me dijiste el viernes, cuando nos despedimos después de comer en el parque, cuando me dijiste que lo nuestro solamente había sido puro sexo y, ya te lo he dicho en la tarjeta, no lo era, al menos para mí. Si no me importases, ¿por qué habría estado buscándote hoy? Quiero proponerte una cosa -dijo sentándose a su lado en el sofá y tomándole la mano-. Durante estos últimos días, no me he dejado de repetir que eras muy joven para mí, que no éramos compatibles, que eras una niña mimada y que era mejor si no volvía a verte, pero la verdad es -añadió tomándola de los hombros y mirándola cara a cara- que te echo de menos, Fen.

-Has dicho que me ibas a proponer algo -le recordó ella.

-Sí -dijo suavemente-. Me divertí mucho comiendo en el parque, ¿y tú?

-También, tengo que reconocerlo.

-He pensado que para convencerte de que lo que hay entre nosotros no es solamente sexo, señorita Dysart, voy a hacerte la corte.

Capítulo 12

-¿No crees que eso está un poco pasado de moda? -dijo Fen cuando recuperó el habla después de escuchar la proposición de Joe-. ¿Estás seguro de que has querido decir que vas a hacerme la corte?

-Sí -afirmó acercándose un poco más a ella-. Tengo que admitir que si me dejara llevar por mis instintos más básicos, te tomaría ahora en mis brazos y te llevaría hasta mi dormitorio...

-Bueno, está bien. Si quieres cortejarme, hazlo. Parece divertido -dijo Fen sonriendo.

Joe ya no era el hombre frío, sarcástico y hostil que la había recibido hacía unos minutos. -¡Divertido! -él negó con la cabeza incrédulo-. Te agasajo con rosas, me empapo hasta los huesos esperándote, casi me muero de preocupación buscándote y ¿piensas que es divertido?

El teléfono de Fen empezó a sonar. Ella lo sacó de su bolso y se sorprendió cuando escuchó la voz de su madre.

-Mamá estoy bien. Estaba a punto de irme a casa. Ahora te veo.

Colgó el teléfono mirando a Joe.

-¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Tengo una familia muy grande y no pararan de hacerte preguntas si los conoces. Nunca les he presentado a un novio.

-Yo no soy uno de tus novios -dijo Joe resaltando sus palabras-. Soy tu amante, Fenny -la abrazó y le dio un beso en la boca.

Fen le correspondió y, debido a todo el estrés que había sufrido aquella noche, lo abrazó con fuerza.

-Me alegro tanto de que no fueses tú el hombre del hospital -murmuró ella-. Es absurdo que pretenda aparentar que no me importas -dijo con la voz temblorosa-. Cuando vi a aquel hombre me dieron ganas de besarlo, porque no eras tú.

-Pues bésame a mí.

Feliz de obedecerlo aquella vez, ella lo besó con tanta pasión que Joe la apartó ligeramente. -Si sigues besándome así -dijo él sonriendo-, pensaré que solo me quieres para acostarte conmigo.

-Eso no es cierto, bueno, al menos, no en la primera cita.

Joe soltó una carcajada.

-Pero esta no es nuestra primera cita.

-Si hablabas en serio cuando has dicho que me harías la corte, deberías pensar que sí lo es.

Cuando Fen llegó a casa, cansada y hambrienta, pero increíblemente feliz, cuatro pares de ojos se la quedaron mirando

aliviados.

-Ya estoy aquí.

-El hombre del hospital, ¿se trataba de tu amigo? -preguntó Frances.

-No -contestó ella sonriendo-. Era un desconocido. ¡Pobre hombre!

Adam se acercó a ella.

-Pensaste que era Tregenna, ¿verdad? Ella asintió con la cabeza.

-¿Quién es ese tipo? -preguntó Tom.

-Un hombre que he conocido mientras estabais de viaje.

-No te preocupes, papá -dijo Adam-. Yo lo conozco. Joe Tregenna es soltero, solvente y bastante presentable.

-Y ella se preocupa lo suficiente por él como para salir corriendo a identificarlo -dijo Tom pensativo-. ¿Es recíproco, Fenny?

-Te lo puedo asegurar -apuntó Adam rápidamente-. Precisamente hoy ha estado en Dysart regañándome por haber dejado que Fenny se fuera a correr sola.

-Es todo un caballero -comentó Gabriel impresionada.

-Y si el hombre del hospital no era él, ¿dónde has estado todo este tiempo? -preguntó su madre.

-He ido a ver a Joe -contestó Fenny encogiéndose de hombros-. Quería asegurarme de que estaba bien.

-Y, ¿por qué no iba a estarlo? -preguntó Tom.

-No sé, simplemente necesitaba verlo. Digamos que Joe y yo estamos saliendo juntos.

Sus padres se retiraron a dormir, Gabriel se fue a la cocina a prepararse una taza de té y Fen, después de desear buenas noches a todos, se subió a su dormitorio. Una vez allí, su teléfono móvil empezó a sonar dentro de su bolso.

-No me has llamado -dijo Joe.

-¿Tenía que hacerlo?

-Sí. Son las reglas. Cuando vas a casa sola, tienes que llamarme para decirme que has llegado bien. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

-¿Estás ya metida en la cama?

-No, pero estoy sola en mi habitación. Estuvieron hablando durante un rato, él le deseó buenas noches de forma muy cariñosa y ella se metió en la cama feliz, quedándose dormida sin ningún problema.

Por la mañana Fen no paró de trabajar. A mediodía recibió una llamada de Joe.

-¿Me haría el honor de comer conmigo, señorita Dysart?

-Déjeme ver... -contestó Fen bromeando-, estoy libre entre la una y

las dos.

-Perfecto, porque yo también.

Fen encontraba apasionante aquella nueva relación con Joe. Nunca sabía cuándo Joe iba a llamar para salir a comer, para decir que la invitaba al teatro o cuándo había reservado mesa en un restaurante. Lo que nunca hacía era invitarla a cenar a su apartamento.

En su tiempo libre, Fen se dedicaba a buscar casa. No encontró nada que le gustara lo suficiente como para invertir su dinero. Llegó a la conclusión que, de momento, alquilaría un apartamento mientras buscaba un sitio definitivo en el que gastar su dinero.

-Debajo de mi casa se ha quedado libre un apartamento -dijo Joe mientras comentaban el tema cenando en un pequeño restaurante italiano-. Sería estupendo que lo alquilaras, así por las noches no tendrías que conducir hasta tu casa. Espero que te hayas dado cuenta de mi estupendo comportamiento. Un besito de buenas noches y cada uno a su casa, en vez de llevarte conmigo.

-Me he dado cuenta, me gusta esto del cortejo -dijo ella sonriendo divertida.

-No me está resultando nada fácil -comentó suspirando profundamente-. Estás deliciosa con ese traje...

-¿Te gustaría comerme como postre? -preguntó con decoro.

-Estás disfrutando con esto, ¿verdad? -la acusó él.

-Puedes apostarlo -contestó riéndose-. Me encantaría ver una película en tu casa o estar charlando hasta tarde, pero no me importaría... -Fen lo miró a los ojos directamente-. Desde que rompimos echo mucho de menos las visitas a tu dormitorio.

Los ojos de Joe brillaron mientras se echaba hacia delante y le tomaba la mano.

-¿Te sorprende tener necesidades físicas? Ella asintió.

-Supongo que soy muy inocente. -En absoluto -le contestó él.

Una vez dentro del coche, Joe, en vez de llevarla hasta el aparcamiento de Dysart donde ella tenía su automóvil, condujo un rato hasta que salieron de la ciudad; entonces aparcó el coche a la orilla del río, en un lugar solitario y oscuro. Se desabrochó el cinturón de seguridad, hizo lo mismo con el de ella y la abrazó.

-Esta noche necesito algo más que un simple beso de buenas noches, Fenny -le susurró en el oído antes de besarla apasionadamente.

Ella lo besó con la misma necesidad. Por un momento, perdieron la noción del tiempo fundiéndose el uno con el otro, hasta que Joe gimió y levantó la cabeza.

-Me estás matando, ¿durante cuánto tiempo voy a tener que

cortejarte? -susurró él acalorado.

Fen lo miró.

-No lo sé. Supongo que depende de lo que tengas pensando hacer una vez que creas que me has cortejado lo suficiente. Hay algunas cosas que no han cambiado, Joe Tregenna. Sigo siendo mucho más joven que tú, sigo siendo la niña pequeña de mi familia, lo que alimenta mi síndrome de niña mimada.

Joe le acarició la mejilla.

-Olvidemos eso, si puede ser para siempre. No me importa tu edad, puedes cumplir años a mi lado. Olvídate de buscar un apartamento, comparte el mío, Fenny.

-¿Vivir juntos? ¿Ser tu amor? -exclamó sin aliento.

Los ojos de Joe se oscurecieron.

-Tú eres mi amor, vivas conmigo o no, Fenny -le dijo cariñosamente antes de besarla.

-¿Qué te parece si vienes a cenar el sábado a casa para que conozcas a mis padres?

-Si ir a tu casa a cenar es un paso adelante en nuestra relación, me parece estupendo, pero, después, te llevaré a que conozcas a mi familia. Tienes que convencer a mi madre de que eres lo suficientemente buena para mí.

-¿Cómo diablos voy a hacer eso? Joe la besó en la punta de la nariz. -Siendo tú misma.

Los padres de Fenny estuvieron encantados de tener el sábado un invitado a cenar. Sentían curiosidad por conocer a Joe Tregenna. Era la primera vez que Fen invitaba a un novio a casa.

-Este es Joe Tregenna -dijo Fen sonriendo encantada cuando Joe apareció por la puerta de su casa.

-Encantada de conocerlo, señor Tregenna -dijo Frances complacida.

-Ella es Gabriel -continuó Fen.

-¿Cómo está usted, señora Dysart? -preguntó Joe con educación.

-Llámame Gabriel, pasa y siéntate, ¿qué quieres beber?

Estuvieron charlando hasta que llegó la hora de sentarse a la mesa.

-Espero que te guste -dijo Frances-. Es una pata de jamón asado.

-Tiene un aspecto delicioso -comentó Joe con sinceridad.

Adam le sirvió una copa de vino tinto.

-Gracias -dijo Joe-, pero tengo que conducir. Adam sonrió y Frances intercambió miradas con su marido.

-¿Por qué no te quedas a dormir, Joe? -sugirió la madre de Fenny-. Aquí hay habitaciones de sobra, así estaremos todos más relajados sabiendo que no tienes prisa por marcharte.

-¡Buena idea! -exclamó Gabriel divertida. Pasaron una excelente

velada. Joe estuvo hablando de la empresa que tenía con sus dos hermanos y de cómo le gustaba involucrarse con el día a día de sus negocios. Frances le preguntó cómo conoció a Fen y, al contar el incidente de Farthing Street, todos quedaron muy impresionados y agradecidos por haber rescatado a su querida Fenny.

Bastante entrada la noche, Frances y Tom se despidieron antes de retirarse a dormir. Gabriel, Fen y Joe subieron hasta el cuarto de invitados.

-Si te despiertan mis hijos durante la noche, te pido perdón por adelantado -dijo Gabriel. -Después de la cena tan estupenda que me habéis dado y del vino de Adam, dudo mucho que escuche algo -le aseguró Joe sonriendo.

-Os dejo para que os deis las buenas noches -dijo Gabriel mirando a Fen con picardía-. Buenas noches.

Cuando se quedaron solos, Fen se echó a los brazos de Joe. Llevaba toda la noche deseando besarlo.

-Será mejor que te vayas -susurró él finalmente con reticencia.

Fen volvió a besarlo, se separó de él y terminó saliendo del cuarto.

Diez minutos después, ella estaba de vuelta, en pijama. Joe ya estaba acostado. Sonrió al verla en la oscuridad y se sorprendió cuando ella se acercó y se metió en la cama con él.

-¿Esto está permitido? -susurró él abrazándola.

-Dudo mucho que Adam venga aquí y me eche fuera -dijo ella hundiendo la cara en su hombro-.

Me gusta estar contigo, ¿te importaría abrazarme simplemente hasta que me duerma?

-Esta noche y todas las noches del resto de mi vida -murmuró con voz ronca.

Cuando Joe se despertó a la mañana siguiente, se encontró que estaba solo en la cama, bueno, no del todo. A sus pies había un muchacho de ojos azules.

-Soy Hal -dijo.

Joe se sentó.

-¡Hola! Yo soy Joe. -¿Eres el novio de Fenny?

-Sí, sí lo es -dijo Fen entrando en la habitación-. Es mi sobrino. Gabriel dice que si podrías soportar un desayuno en familia -dijo mientras tomaba al pequeño de la mano-. Baja en cuanto estés listo -añadió antes de salir y dejarlo solo.

Desayunaron copiosamente y, después, Joe sugirió a Fen que diesen una vuelta por la ciudad. -Afortunadamente les has encantado a todos -dijo Fen en el coche de camino a Pennington-. A Gabriel, a mis padres, incluso mamá sugirió que te quedases a dormir. ¡Ah! Por

cierto, no han dicho nada cuando les he dicho que hoy no iría a dormir a casa.

Él la miró sonriendo, pero luego frunció el ceño.

-Cuando dices afortunadamente, ¿te refieres a que si no les hubiera gustado, no vendrías ahora conmigo?

-No, pero prefiero que ellos me den su bendición -contestó sonriendo-. Hasta ahora no habían tenido nunca que dármela.

Se hizo un silencio.

-Ahora me doy cuenta de que nunca había estado enamorada -añadió ella suavemente.

Joe puso una mano sobre la de ella.

-Lo que significa, Fenella Dysart, que tú y yo estamos hechos el uno para el otro.

Joe se dirigió directamente a su apartamento. Llegaron justo en el momento en el que empezaba a llover a raudales en la calle.

-Tengo algo que quiero enseñarte -dijo conduciéndola a su dormitorio.

Ella sonrió nada más cruzar la puerta. Había una enorme televisión recién comprada colocada frente a la cama.

-Todavía no la he estrenado, quería hacerlo contigo.

-¿Sabes lo que realmente me apetece hacer ahora?

-¿El qué?

-Amor por la tarde.

La boca de Joe cubrió la de Fen justo en el momento en que ella terminaba la frase. Ella pensó que se derretiría en sus brazos. Lo abrazó mientras sentía un líquido caliente recorrerle el cuerpo. Correspondió a sus besos abriendo la boca mientras ambos se apresuraban a desvestirse, vibrantes de impaciencia hasta que estuvieron desnudos sobre la cama. Fuera el día estaba gris y lluvioso, pero en aquella habitación el ambiente era cálido gracias al calor que aquellos cuerpos estaban generando al estar juntos. Se perdieron el uno en el otro, gimiendo de placer mientras alcanzaban límites, incluso dolorosos, de excitación. Finalmente, Joe abandonó su autocontrol y se introdujo en ella. Fen respondió mientras su corazón latía descontrolado dentro de su pecho hasta alcanzar el éxtasis, antes de volver al mundo real.

-Si esto es amor por la tarde -dijo Fen después de recuperarse-, me gusta.

Joe se levantó de la cama, abrió un cajón de la cómoda y sacó una cajita.

-Tenía planeado hacer esto con velas y champán, pero el destino ha conspirado contra mí.

-¿Es un anillo? -exclamó Fen abriendo los ojos.

-Por la cara que has puesto, podría ser una pistola. Ábrelo, cariño, no te va a morder.

El anillo consistía en un rubí cuadrado engastado entre dos diamantes.

-Te quiero, Joe Tregenna, será un honor llevar siempre este anillo.

-Antes de todo -dijo él suspirando hondamente-, tengo una confesión que hacer.

Ella se quedó rígida.

-¡Estás casado!

-No, soy todo tuyo, Fenny, pero mi nombre no es Joseph. Es Josiah, como el de mi abuelo.

-¿Qué? -exclamó ella incrédula y tirándose a sus brazos-. ¿Y tú eras el que se enfadaba porque yo tenía secretos? -dijo riéndose.

-Entonces, ¿me sigues queriendo? –preguntó él.

-Las mujeres Dysart somos mujeres de un solo hombre y tú eres el mío, Josiah Tregenna. Mi hombre -añadió con satisfacción.

-Eso es lo que soy -dijo él y empezó a demostrarle, de la manera que a ambos más les gustaba, lo apasionadamente de acuerdo que estaba con ella.